

Tomos XIV *XL* **REPERTORIO**
AMERICANO Núm. 1-24

San José, Costa Rica

1927

Sábado 8 de Enero *Junio*

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

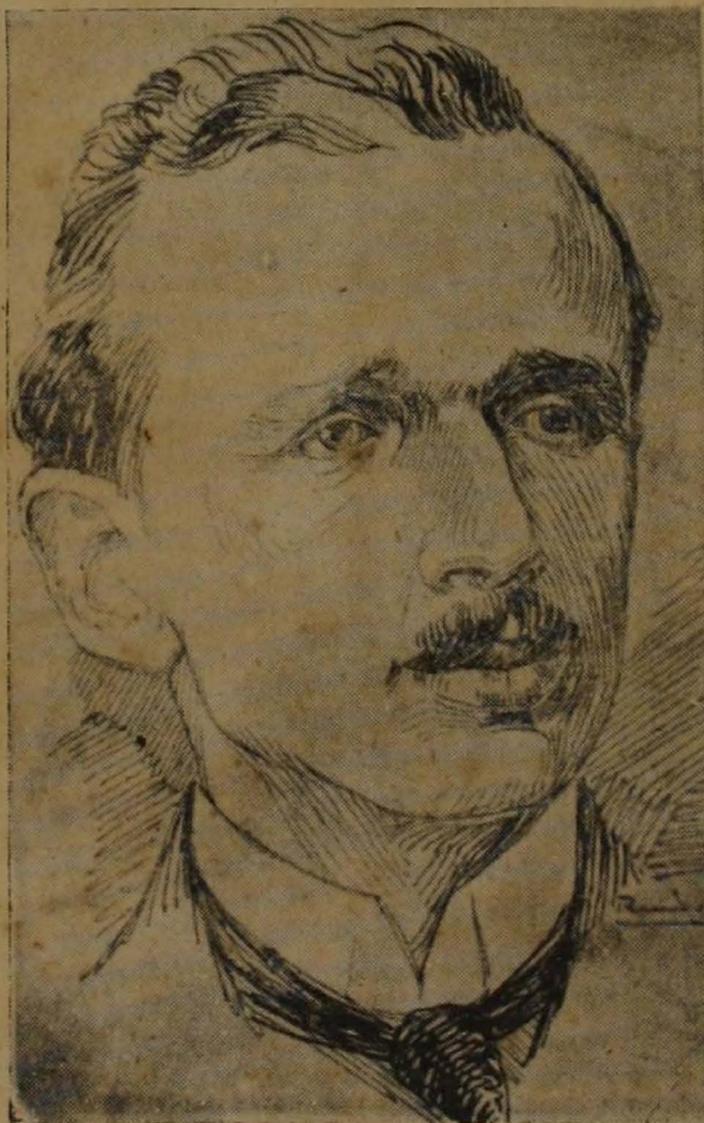
SUMARIO: *La misión del estadista en la América Latina*, por L. López de Mesa.—*Dos artículos* de Jorge Zalamea.—*Juancho*, por Marta Brunet.—*Walter Rathenau y el reino del alma*, por Francisco García Calderón.—*Página lírica* de Enrique González Rojo.—*Habla un estadista previsor y preocupado*.—*Informe presentado a la Sociedad Económica de Amigos del País*.—*Dos cartas alusivas*.—*México ante los Estados Unidos, en la cuestión de Nicaragua*, por Santiago Argüello.—*El fomento de la cultura*, por Luis Araquistain.

La misión del estadista en la América Latina

=De *El Tiempo*. Bogotá=

Si contemplamos los pueblos jóvenes de la América Latina vemos una conducta imprevisora y extravagante de sus fuerzas espirituales: los países más afortunados sólo presentan un pequeño número de inteligencias superiores, quizá no mayor de cuatro por ciento, en cuya capacidad reposan los destinos nacionales; y tal como aprovechan hoy ese capital es un milagro que esos pueblos latinoamericanos hayan podido subsistir, aplicar la cultura extranjera o desenvolver su propia cultura. Porque de ese cuatro por ciento hay que descontar un setenta por ciento que el analfabetismo no permite preparar; de lo que queda hay que descontar un cincuenta por ciento que corresponde al aislamiento intelectual en que se tiene a la mujer; de lo que aún resta es preciso descontar todavía otro cincuenta por ciento que corresponde a los partidos políticos de oposición, que las más de las veces son alejados de la gerencia de la república por el largo espacio de tiempo de una generación. Y si al diminuto sobrante se le descuenta lo que corresponde al azar, accidentes de la vida, pobreza, falta de oportunidad, errada vocación, etc., se comprende que la inteligencia que llega a trabajar por la dirección espiritual de estos pueblos sea muy escasa y presenten con frecuencia el fenómeno desagradable y paradójico de países de buena capacidad conducidos por mediocridades que estorban a su desenvolvimiento. Es como una sensación de pesadilla el contemplar esa situación anormal de un pueblo que reclama sanas orientaciones de parte de gobiernos que no saben qué hacer, que se cruzan de brazos o titubean en un dédalo de incertidumbres.

Una tecnocracia... parece ser hoy la dirección normal del espíritu humano. Hacia



Luis López de Mesa

Visto por RENDÓN

De la talla de este pensador, no halla Francisco García Calderón sino tres o cuatro en América. ¿Cuándo lo descubrirá nuestro continente?...

MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

ella convergen los esfuerzos ya seculares del gobierno democrático y la disciplina racional que han creado las ciencias. Ella

es un paso hacia adelante que nos puede evitar el desconcierto de una reacción y el abuso de lo que se ha llamado crisis de uno y otra para hacernos regresar a las dictaduras o lanzarnos al despotismo de la masa amorfa. Ciencia y democracia son el fruto de muchos siglos de trabajo y de dolor humano para que vayamos a dejarlos extinguirse en la perturbación mental de esta hora de vacilaciones.

Una tecnocracia con la visión clara y normativa de una misión histórica, de una misión ideal que guíe al pueblo a través de sus vicisitudes y lo conforte en las horas de sacrificio. Una misión espiritual que en lo interno sea el núcleo de la actividad de la nación y su conciencia moral, y en lo externo contribuya, según su alcance, a la constante creación y engrandecimiento del espíritu humano como un todo que tiende a destinos supremos.

La misión del estadista en aquellos pueblos en formación es aún augusta y deslumbrante. En pleno siglo xx encontrarse con la posibilidad de dirigir en parte la génesis de una raza, de realizar la tarea que la leyenda del pasado adscribió a los dioses, es algo que da al pensador el escalofrío de una sublimidad. Felices los hombres que sepan realizarla.

Que ellos sepan desde ahora que esta misión gigantista requiere la clarividencia de pequeños pormenores, más decisivos que toda especulación abstracta y discutible; que sepan que las grandes creaciones del espíritu humano comienzan en el hallazgo de pequeños incidentes, de detalles y manipulaciones que enlazados con las grandes normas de acción de la naturaleza y del espíritu conducen a un nuevo mundo.

Tener la consciencia clara de los pro-

La civilización contemporánea

—De Cromós, Bogotá—

blemas de cada país para no perderse en confusas orientaciones: la formación de una raza, su dotación industrial, su cultura y el esclarecimiento de su posible misión histórica.

Para lo primero tiene el estadista latinoamericano un medio ambiente conocido, un grupo de población regional, conocido, también, y un almázcigo de razas europeas prontas a la emigración. Dentro de ella puede escoger las que mejor satisfagan a sus propósitos. Para él se da el milagro histórico de una migración de pueblos seleccionable a voluntad, ya no bárbaros, sino cultos y pacíficos creadores de riqueza. Puede prever, en gran parte, la resultante de esas mezclas, y plantar aquí un escandinavo, allá un inglés o alemán, más allá algún latino, que corrijan poco a poco algunos defectos de nuestro carácter, pierdan otros que a ellos pertenecen, y se adapten a la cordillera o la llanura tropical, a la industria urbana o a las labores del campo, mediante un estudio previo particular a la región.

Vigilar el desarrollo de las industrias, según las posibilidades del comercio, interior y exterior; ser mentores del campesino y del aldeano, que casi siempre ignoran el aprovechamiento de su tierras, de sus bosques, de las aguas, y que a veces tienen hambre en donde árboles frutales y legumbres sólo aguardan una pequeña labor bien conducida para abastecer la despensa familiar; estudiar las materias primas y de mejor porvenir, y determinar sus mejores sitios de producción para ahorrar al pueblo esfuerzos ingentes e inútiles.

Orientar la cultura del espíritu, conforme a las virtudes y defectos de la raza. Ahorrar el esfuerzo mental desordenado, las nociones vagarosas e infecundas de una instrucción de manuales añejos, atiborrados de enseñanzas pueriles que luego nos demandan toda una existencia para expurgarlas y poderlas utilizar en algo.

Crear un ideal de raza. Enseñar al pueblo que tiene una misión histórica que cumplir; que cada acto de su vida tiene que armonizarse con otros actos hacia algo superior; que el ciudadano pertenece a un pueblo histórico y no a un rebaño que pastorea el azar; que cada pueblo realmente histórico, está formando día por día la conciencia humana universal. Enseñarle que el pueblo no es la masa ignorante y sucia de los bajos arrabales, ni la elegante sociedad de los *clubs* sino el espíritu que una nación va informando con el tiempo e introduciendo con caracteres peculiares suyos en el cauce gigantesco de la historia universal. Que el pueblo es una cultura o al menos un ideal, y no mera porción de raza o parcela de territorio.

Y ¿por qué no? Facilitar a cada ser humano su rato de ocio para que idealice sus ensueños; y su rato de sana alegría que le recompense el esfuerzo de su labor cotidiana y le alivie el espíritu de peligrosas preocupaciones.

L. LÓPEZ DE MESA

París, 1926.

ENTRE el diletantismo a que nos tiene acostumbrados la inquietud mental latinoamericana, el espíritu de Luis López de Mesa aparece como una consoladora sorpresa. Extraño caso de sabias disciplinas mentales entre nosotros, es el de este joven maestro colombiano, cuya nombradía desbordó ya los horizontes patrios. Inquieto él también, se dejó tentar por diversos conocimientos, pero, en vez de detenerse en el umbral de la sabiduría a recibir una iniciación más o menos brillante, franqueó resueltamente la puerta, dispuesto a no declararse satisfecho sino cuando le fueran revelados todos los misterios. Y así, antes de la treintena, llegó, el ansioso escudriñador de ciencia, a domeñar saberes que requieren luengos años de afanoso estudio y de meditación profunda. En plena juventud era ya un psiquiatra, un clínico y, un biólogo de fama. El arte lo atrajo igualmente, como noble forma de expresar el pensamiento, y, lejos de ser en la literatura un sabio descarriado, supo aunar sapiencia y belleza, abstracción e imaginación, y nos dió un libro de apólogos, en el que no acertamos a repartir la admiración, pues su valor ideológico, que es muy grande, corre parejas con una exquisita sensibilidad y un estilo que, en cada caso, se amolda maravillosamente a la idea expresada, con un poco de amaneramiento tal vez para el gusto de hoy, odiado de orfebrerías. Esas páginas, poco conocidas, desgraciadamente, sólo pueden hallar parangón en las mejores parábolas rodoneanas. Pero dejemos al artista, que nuestro sabio parece querer ya abandonarlo al olvido, y hablemos de sus preocupaciones en la hora presente.

El laboratorio, que hundió en la magia al doctor Fausto, llevó al doctor López de Mesa a inquirir las causas y los fines de seres y de cosas, a buscar afanosamente las interpretaciones del mundo en su prodigiosa variedad. Y entonces surgió el filósofo. Barajó con asombrosa maestría todos los sistemas, aquéllos que están desacreditados y éstos que guardan todavía el prestigio de lo novedoso, la escolástica antigua y el neotomismo snobista, las teorías que descubrieron la fuente divina y las que afianzaron la negación de Dios; y sobre la mesa de la razón pura echó las cartas filosóficas, en demanda de la suerte de los hombres. No contento con la vaga respuesta que ellas le dieron, se fué por la tierra, cual en una peregrinación científica, a interrogar los secretos del universo. Ya está de regreso, y, a la inversa del poeta oriental que, después de una andanza semejante con la misma interrogación, vuelve a su morada infinitamente desencantado y envidiando a los ciegos que encontró en su camino, el doctor López de Mesa viene con un encendido optimismo sobre los destinos de la civilización y unas cuantas fórmulas, originales y audaces, para solucionar los proble-

mas de nuestra cultura en crisis. Trae, además, el mensaje de un ideal que descubrió en los pliegues mismos del dolor humano. Temeroso quizás de que las generaciones venideras crucifiquen de nuevo ese ideal, no lo hizo verbo divino, sino conciencia social de hoy y, universal, tal vez, de un futuro cercano.

En un libro ¹, cimentado como una arquitectura que se destine al tiempo, y construido bajo las sagradas normas de la armonía, el joven pensador acaba de comunicarnos sus hallazgos y sus preocupaciones, sus dudas y sus certezas, sus esperanzas y sus descorazonamientos. Sin intentos de dar orientación alguna (tal es su decir, que yo atribuyo a un poco de modestia y a otro de coquetería), y queriendo más bien buscar la meta con ayuda del lector, llega a descubrir muchas sendas, en las que sentimos la inefable satisfacción de marchar con nuestros propios pies hacia soluciones definitivas. Atraído por lo apremiante de la vida, es decir, por lo práctico de ella, penetra en las entrañas de la sociedad y en el corazón de los hombres con el ánimo firme de analizar, hasta la tortura, los graves problemas que ha planteado esta angustiosa época de revaluaciones. En su afán de analista concienzudo se detiene a las veces, exageradamente preocupado, ante males insignificantes, cuya trascendencia se nos escapa. Puerilidades! han de exclamar algunos lectores; pero no olvidemos que este filósofo y sociólogo es un gran médico también, y que esas pequeñeces pueden ser síntomas funestos.

Para más tarde nos hace la promesa de otro ensayo que tenga un mayor alcance espiritual. Halagüeño ofrecimiento, si hemos de juzgar su profundidad ideológica por estas 250 páginas vigorosas y fecundas que nos regala hoy con el nombre de *La Civilización Contemporánea*

Con sólo sapiencia libresca no habría sido posible la realización de esta obra llena de vida, en la que palpita el presente—y de qué manera!—sin ahogar las lejanas pulsaciones del pasado ni impedirnos oír la vibración del futuro. El más fuerte pensador no conseguiría, desde el fondo de una biblioteca, aunque estuviera provisto de estadísticas e informes de toda laya, plantear los innúmeros problemas que esta civilización ha creado y crea incensantemente, y mucho menos resolverlos. Para no caer en la erudición estéril, precisaba el estudio en lo vivo, en la carne y el alma del mundo: había que ir auscultando pueblo tras pueblo, como lo ha hecho el pensador colombiano. La crítica que nos da, por ejemplo, de las ventajas e inconvenientes de la ciudad y del campo, resultaría absurda si él no hubiera vivido en el hervor de todas las grandes urbes, tan diferentes unas de otras,

¹ Luis López de Mesa: *La Civilización Contemporánea*. Agencia Mundial de Librería. París, 1926.

no obstante sus semejanzas exteriores; si no conociera a fondo todos sus pecados y todas sus cualidades. Se habría equivocado lastimosamente sin la experiencia de la dulce paz virgiliana de la campiña francesa, de la ruda emoción de la selva tropical, del tedio de la pampa desolada, el misticismo de las alturas andinas, de la mezquindad de esta gleba y las generosidades de aquella; en fin, sin un hondo conocimiento del vivir campesino. ¿Cómo hallar las influencias que ejercen sobre la formación de la personalidad esas maneras de vida, si no han sido observadas de cerca, y casi al microscopio?... Y es esta experimentación, hecha en el laboratorio de dos continentes (europeo y americano), lo que le permite, al autor de *La Civilización Contemporánea*, universalizar con bastante acierto sus conceptos y descubrir, en ocasiones, fórmulas felices para los más enmarañados problemas sociales, políticos y psicológicos.

De un artículo de periódico se desborda el estudio sobre esta jugosa obra. Es para ser comentada línea a línea, y después de una profunda meditación. Tal es su síntesis, que en una sola página suele haber el jugo analítico de muchos años. Y con todo, no pocos reparos han de hacerle. Inevitable cosa. Pero aún aquéllos que no participen de sus ideas, les reconocerán el mérito y sacarán provecho. «Yo no estoy de acuerdo con todos los puntos de este bello libro, dice Guillermo Ferrero; mas la diversidad de opiniones no me ha impedido admirar lo original de las ideas, la riqueza de las observaciones y la claridad y viveza de la forma». Es un libro de lectura fecunda, agrega el ilustre historiador italiano.

Al profesor alemán Westermann, la manera como el doctor López de Mesa ve la evolución de la civilización le parece completamente nueva. Por desgracia, es ese mirar novedoso, ese sincero atrevimiento lo que hará disparar las piedras de muchas hondas contra esta nueva figura americana que recibió de los dioses tan seguros dones. De la talla de este pensador, no halla Francisco García Calderón sino tres o cuatro en América. ¿Cuándo lo descubrirá nuestro continente?... Dijimos que su fama había desbordado ya los horizontes patrios, pero fué hacia Europa que se precipitó el torrente!

Desde nuestro desengaño por ese frenesí occidental agradezcámosle a López de Mesa el haber buscado, en la meditación del Oriente, la manera de refrenar esta loca cuadriga. «Es un hecho interesante que nuestros pueblos de Iberoamérica tienen algo de estas dos civilizaciones. Hay en nosotros cultura europea e ideales europeos al lado de una tendencia hacia la ensoñación oriental». El espíritu latinoamericano es el más universal del orbe. ¡Hé ahí una bella verdad, a lo menos por ahora!

MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

París, setiembre de 1926.

Noticia.—De López de Mesa hemos editado: *Orientación Ideológica* 1921. (Biblioteca del REPERTORIO AMERICANO. Precio ₡ 0.50) y *Iola. Poemas en prosa*. 1922. (Ediciones del CONVIVIO. Precio: ₡ 1.00=0.25 cts. oro am.)

Dos artículos

de Jorge Zalamea

—De *El Imparcial*. Guatemala—

Los pecados de América

EN una de sus más profundas obras de crítica cuenta André Gide como Walter Rathenau, refiriéndose a nuestro continente, hubo de pronunciar una frase de hondísimo sentido. Decía el estadista filósofo alemán:

«Por no haber consentido al sufrimiento ni al pecado, América aun no tiene alma». Concepto de difícil elaboración y de más difícil comprensión aun, pertenece a aquella especie de ideas que obran sobre el espíritu lenta, intermitentemente, en sentido de profundidad y nunca de extensión. Su cristianismo eslavo, su confianza en la labor purificadora del dolor, la importancia del pecado en la vida espiritual que hace recordar aquella otra intensa expresión del mismo Gide que exclama: «no hay obra de arte sin la colaboración del demonio», hacen del concepto de Rathenau, un jugoso pasto de meditación, sólo digerible y aprovechable después de una ruminación gozosa y lenta.

Llevado al plano de la experimentación histórica suscita una pregunta que cada día se hace más necesario contestar: ¿América no ha pecado? Ningún momento tan propicio para tratar de hallar la respuesta como ésta en que una nueva claudicación de América aumenta el número ya incontable de sus caídas.

Mirar en este momento el mapa político de la América Latina es hacer un recuento de calamidades. México cubre su tiranía real bajo la capa de una organización que se dice la más avanzada del continente; Nicaragua deslía su pudor y desmorona su nacionalidad bajo una tiranía desvergonzada; los países de Centro América viven bajo el régimen de las libertades medias; Venezuela se convierte en la propiedad privada de un caudillo que haría las delicias de los frenólogos; Perú rechaza la virilidad y la pureza de su juventud como un estorbo para las maquinaciones personalistas de un grupo en funciones de enriquecimiento; Bolivia es, comercialmente, un depósito de materias primas de los Estados Unidos; Chile arrastra una vida en apariencia gozosa, bajo la dominación económica inglesa...

Buscar las razones de esta serie de fracasos es la labor que se impone hoy a todos los estudiosos del continente, razones tanto más inexplicables cuanto que el novecentismo ha abierto esta época maravillosa de universalización de la cultura que hacía decir a Ortega y Gasset, que hoy es tan natural el pensamiento alto y la labor alta en cualquier potencia europea como en la más aislada democracia americana.

Al buscar elementos de estudio en la psicología del mestizo que puebla la América Latina, encontramos, ante todo, una incapacidad de abstracción verdaderamente

alarmante. Para nosotros es éste el principio de la situación anormal del continente y el único remedio para restablecer un equilibrio perdido en la fatídica última mitad del siglo XIX, sería el suscitar en nuestra raza esa facultad ignorada hasta ahora. Estudiando la historia política de América de 1850 para acá, salta a la vista que todas las revoluciones, que todos los disturbios armados que hicieron de esa época una edad criminal, tienen su origen en la aparición de caudillos que lograban representar a facciones más a menos numerosas. Intentar buccar en dichas revoluciones la persecución de una idea social, de un programa político definido es labor inútil, que a lo más puede engañar a quienes no pueden libertarse de la tiranía de la letra de molde, a quienes no saben leer bajo las interesadas crónicas de historiadores parciales el movimiento de personalidades aisladas que arrastraban a los pueblos bien por la fuerza de una elocuencia romántica, bien por las habilidades de una estrategia militar, bien por las promesas de un enriquecimiento colectivo.

Parece que por una ley de compensación moral e intelectual, tras aquella magnífica generación de organizadores que reemplaza a la edad heroica de los libertadores, generación que hace pensar en los legisladores romanos de la mejor época republicana, el genio de la raza se hubiese cansado de crear tan maravillosos ejemplares y se hubiese limitado a obedecer su desarrollo biológico con producir generaciones inválidas moral y espiritualmente.

Esta incapacidad de abstracción forma desde luego un ambiente propicio para el nacimiento y desarrollo de los regímenes personalistas. Un pueblo incapaz de hallar términos religiosos, políticos o filosóficos para concretar sus aspiraciones raciales y nacionalistas, se agarra desesperadamente a los caudillos. El poder compendiar en un nombre, en una figura, en un anecdotario militar o parlamentario todos sus ensueños de bienestar, todos sus deseos de perfeccionamiento vital, lo regocija y lo colma. De ahí la explicación de toda nuestra política interior, de ahí la facilidad de la tiranía, de ahí ese constante agitarse en revoluciones que no tienen otro objeto que el de reemplazar a un hombre por otro, nunca de perfeccionar un partido o de evolucionar una organización. En el estudio de este fenómeno yo he podido observar en algunos países de América que la muerte de un caudillo terminó con el partido político que representaba y también que el nacimiento de ciertas facciones se debía solamente al desarrollo de una personalidad aislada.

Mas volviendo a la atrayente idea de Rathenau es preciso aclarar los términos de una meditación difícil. «América no ha

pecado», afirmaba aquel hombre poderoso por su don de abstraer, pero nuestra historia política parece dar un mentís a su afirmación. Aquí es necesario detener un momento el precipitado curso de la cerebración, logrando aquella regulación de movimiento propicia al juicio.

La única explicación que cabría para la pureza de América sería el lograr establecer en ella esa inocencia inconsciente, esa simplicidad ignorante y supersticiosa que parece haberse trasladado del Congo a nuestro flamante continente. Ahora, para un moralista, para un Pascal, para un La Rochefoucauld esta inconsciencia en la ignorancia, esa pureza por desconocimiento sería peor, dentro del orden filosófico, que los efectos turbadores de una sabiduría mal encaminada,—pero por sabiduría, fácil a la corrección—o de una reflexión pecaminosa que lleva ya en sí misma un principio de valoración y de aplicación futura al bien.

Tenemos, pues, como primera conclusión: los errores de América nacen de la incapacidad de juicio abstracto característica en sus moradores; y como una conclusión lógica de este primer término: el desarrollo de la cultura pondrá a la raza en condiciones de vida civilizada.

Aquí el problema se amplía en un sentido pedagógico. La extensión de las reflexiones es infinita, en un simple artículo de periódico es imposible estudiar todos los aspectos esenciales del asunto, mas no quiero dejar de sentar una afirmación última: los métodos pedagógicos y las organizaciones sociales que hayan de salvar a América de este estado mortal, no pueden basarse sobre ejemplos importados de Europa, sino en el estudio de nuestra colectiva psicología, de manera tal que ninguna labor más alta puede efectuarse hoy que la de contribuir en cualquier forma al perfecto estudio de los caracteres de nuestra raza.

La simulación política

EN nuestro artículo *Los pecados de América* nos referíamos ligeramente a la deficiencia analítica, a la carencia de la facultad de abstraer, característica de los pobladores de América indoespañola. Como una consecuencia necesaria de esta falla intelectual encontramos en nuestra confirmación interior un aspecto de indudable interés para el juicio de nuestro desarrollo político: la credulidad.

Un elemental estudio de psicoanálisis nos demuestra que los organismos intelectuales que no han llegado en su crecimiento al período del juicio crítico son esencialmente débiles a los reclamos del exterior, aun cuando ellos vengan de inteligencias poco desarrolladas pero facultadas por la acción y para el dominio por una cierta malicia, por un instintivo olfato que les permite adivinar en las masas una materia apta para ejecutar en ella toda clase de experimentos. La importancia de la elocuencia en la historia política de las naciones de América es una prueba harto dolorosa de nuestra afirmación. Es indigno, es insoportable el

asistir a una de aquellas manifestaciones políticas de nuestra América en las cuales un señor gesticulante, congestionado, con la hispida melena erizada y la boca de labios humildes—como el cauce de un riachuelo que no se atreve a preguntar qué cosas van diluidas en la corriente que lo cubre,—logra despertar en sus oyentes un estremecimiento de entusiasmo, contagiarlos de locura romántica y, a favor de esa exaltación creada por el malabarismo verbal, conducirlos a una acción electoral o bélica de la que se asombrarán al día siguiente, como si en ese ayer de pesadilla hubiesen obrado bajo la acción de agentes extraños a su íntimo sentir y pensar.

En esta credulidad, en esta facilidad de entusiasmo la simulación política halla natural desarrollo, su hábitculo necesario. Aquellas masas incapaces de sorprender las intenciones ocultas, los propósitos escondidos, se deslumbran ante los ofrecimientos de realización casi inmediata que se les ofrecen y son conducidas al lugar en que han de curvar las espaldas propicias para recibir todo el peso de una organización política que se deleitará en el saqueo de sus ambiciones logradas mientras la masa se entretiene buscando el mecanismo del nuevo juguete que se le regala.

La consideración de este aspecto de nuestra vida política nos hace pensar cómo hasta ahora ningún ingenio escribió el Tratado del Pueblo, de igual modo que el político florentino recogió en el Principe las lecciones de gobierno desprendidas del cuatrocentismo italiano. El tratado ideal del pueblo tendría como fin principalísimo el descubrirles a las masas los tropismos, las transformaciones, el mimetismo ideológico empleados por la simulación política; por medio de él aprendería el pueblo que **los perfectos gobiernos no son aquellos que satisfacen la necesidad inmediata con perjuicio de la necesidad futura, sino los que con una clara conciencia de su responsabilidad en el desarrollo de una nación, hacen de las generaciones presentes continuadoras avanzistas del pasado y preparadoras del futuro.**

Dos casos de reforma política en la historia contemporánea, mostrarán claramente la diferencia existente entre los simuladores y los políticos puros. Veinte meses después de la revolución de octubre, Lenine, el apóstol del comunismo integral, el hombre que había dictado el más amplio y perfecto programa agrarista, el repartidor de las tierras rusas, volvía sobre sus pasos reformando su antiguo ideal en el sentido de crear nuevamente la propiedad privada. Dentro de su organización laborista las fábricas pasaban a manos del Estado en un trust único. También esta medida fué reformada, también dentro de la organización obrera se permitió, como ya se había hecho en la campesina, el establecimiento de pequeñas propiedades industriales privadas. ¿Por qué? Porque los dos primeros años de su gobierno le habían demostrado que la preparación del pueblo era insuficiente para resistir aquel cambio radical. Aquella con-

cesión a las leyes económicas que su ideal social repudiaba, salvaron al soviét de un fracaso definitivo. Hoy el pequeño propietario rural ha sido eliminado naturalmente, sin violencia, por el peso de las nuevas necesidades y de la nueva inteligencia lograda; igualmente, poco a poco, las fábricas se fueron reuniendo en el gran núcleo único; las deficiencias de preparación, los fenómenos de la producción habían terminado, gracias a una concesión temporal que hizo gritar traición a muchos miopes que tuvieron la imbecilidad de creer que un hombre como Lenine fuese capaz de traición o de componendas. Otro caso, más cercano geográficamente, se presenta a la consideración como elemento de contraste: una nación americana que se precia de hallarse organizada políticamente en la línea más avanzada posible, llega a la repartición de tierras, al agrarismo. Pero allí se llega por medio de la simulación política. Dar tierras a un pueblo acostumbrado durante cuatro siglos a ser esclavo del gran latifundista, era colmar la ambición de poder, satisfacer la vanidad de propiedad naturales a tal pueblo, y era, en fin de cuentas, garantizarse toda la fuerza numérica de una enorme población rural que se revolcaba en el orgullo de su nueva posición, que no salía de su asombro al saberse poseedora de un terreno que antes fué para ellos cosa sagrada, donación directa de Dios al patrón. Mas hecha la repartición de las tierras, el gobierno de aquella nación creía cumplida su altísima labor revolucionaria, se daba palmaditas en el hombro felicitándose por el establecimiento de tan maravillosa medida, sin advertir que pasada la embriaguez primera de la posesión, la tierra empezaba a cubrirse de esterilidad.

Sintetizando: la simulación política obra siempre en vista de satisfacer el anhelo inmediato de quienes hayan de afirmarla en el poder. Este es el caso que se presenta en nuestra América cada vez que un nuevo orden político se establece. De aquí el que quisiéramos grabar en la mente tornadiza y fácilmente asombrable del pueblo: **el único ofrecimiento que se debe tomar en cuenta es el de la cultura.** No importa que las necesidades materiales no sean satisfechas inmediatamente, no importa que las ambiciones naturales de cada clase social se vean alejadas en el tiempo, no importa que por período más o menos largo se continúe sufriendo de estrechez y de incomodidad. Todo esto pasa con nosotros, se acaba con nuestra generación, no tiene importancia dentro del desarrollo de una nacionalidad. A los actuales habitantes de América nos ha tocado en suerte un papel harto difícil, pero no por esto menos bello y digno de representarse a conciencia: debemos sacrificar nuestro individualismo egoísta para lograr el perfecto establecimiento de una mayor justicia, de una más noble política de que gozarán los que ahora se están formando en el vientre de la raza.

JORGE ZALAMEA¹

¹ De Colombia. Promesa cumplida de egregio estudioso, entre los nuevos de la América nuestra.

HABÍAN colocado el ataúd sobre una mesa cubierta con un paño negro y a su vez cubrían el ataúd brazadas de grandes crisantemos desgredados. Seis velas parpadeaban humeantes, chorreando de cerote los candelabros de plata. Apenas si a su luz lívida se perfilaban el hombre y la anciana que, junto al catafalco, parecían extáticos en sus dolorosas sensaciones.

Al niño, acurrucado en su escondite, una sola idea lo torturaba: ¿por qué habían acostado a su madre dormida en aquella caja negra y por qué a pesar de las protestas enloquecidas de su padre unos hombres la habían tapado, dejándola encerrada, cuando de un momento a otro podría despertar?

Con una nitidez que lo hacía respirar jadeante recordaba el niño su propia agonía, cuando, el año anterior, se quedara sorprendidamente encerrado en el gran arcón del vestíbulo. Recordaba su aturdimiento al sentir cómo caía la tapa cerrando de golpe la chapa mecánica, sus vanos esfuerzos por levantarla, su miedo a lo negro que se le entraba por los ojos muy abiertos, sus gritos que le llenaban los oídos de un rumor de océano, su ahogo al sentir la atmósfera densa e irrespirable, la atonía que empezó por cosquillearle en las extremidades para luego dormírselas, la sensación de diluirse en algo que parecía aceite, en algo húmedo, espeso y pegajoso. Después... ¿Después? Nada. El despertar en los brazos de su madre con un atroz dolor en los huesos, lleno el espíritu de mil fantasmagorías que hicieron por mucho tiempo pavorosos sus sueños.

¿E iba ahora su madre a sufrir semejante martirio? ¿Por qué su padre dejó que los hombres cerraran la caja? ¿Por qué abuelita repetía obstinada:—«Hay que resignarse.» ¿Qué era aquello: resignarse? ¿Por qué contestaba su padre entre sollozo y sollozo:—«Sí. Sí?» ¿Entonces, a pesar de sus protestas, quería él que la madrecita estuviera encerrada?

Con la cara sumida entre las manos, de rodillas junto al ataúd, trataba de coordinar el hombre sus ideas: mas huían éstas como engañosos fuegos fatuos, dejándole sólo el dolor que lo desgarraba.

La anciana, caídas las manos en el regazo, repasaba entre sus dedos exangües las cuentas benditas de un rosario. Su dolor era manso: habíale enseñado la vida a recibir con humildad al purificador de almas.

—Hijo—murmuró alzándose tras de besar la cruz.—Hijo ¿por qué no te acuestas un rato?

La cara del hombre se mostró desnuda y desolada, envejecida por surcos profundos que abrillantaban las lágrimas.

—Ven—insistió la anciana.—Te acuestas un rato y luego puedes volver.

—No quiero—balbuceó hosco.

Juancho

Cuento

=De Social. Habana=

Por conducto de Mariblanca Sabas Alomá nos envía, desde Santiago de Chile, nuestra distinguida colaboradora, la poetisa María Monvel, estas páginas emocionantes y deliciosas de la joven cuentista chilena Marta Brunet. Damos con verdadero regocijo cabida en las columnas de Social al envío de la interesante compatriota de Gabriela Mistral, seguros de proporcionar así solaz espiritual a los devotos del difícil género literario en que Alfonso Hernández Catá, Javier de Viana, Horacio Quiroga y Valentín García Saiz son amenísimos maestros. Marta Brunet, aunque muy joven, tiene ya realizada una vasta labor, que le asegura uno de los puestos más altos entre la intelectualidad chilena.

—Sí, mi hijo querido. Ve a descansar, un poco que sea.

—No quiero...

—No seas porfiado, mi pobrecito... Necesitas de todas tus fuerzas para mañana. Yo velaré con la Tato. Ya, ven... ¿No ves que te estás matando? Hazlo por tu hijo.

El hombre se puso de pie tambaleándose y ambos, apoyado uno en otro, abandonaron la sala.

Entonces el niño separó las cortinas que lo ocultaban. No le parecía razonable aquella insistencia de la abuela porque su padre se acostara, cuando la madrecita podía despertar de pronto y entonces ¿quién iba a destapar la caja? La abuela había dicho que para mañana necesitaba su padre de todas sus fuerzas. Mañana ¿qué iría a pasar mañana? ¿Sería entonces cuando habría que destapar la caja? ¿Iría ella a despertar mañana? Y la dejaban sola... ¿Sola? No, sola no, puesto que él, Juancho, estaba allí. Pero si ella llamaba ¿qué haría?

El niño quedóse largo rato meditativo, con los puños apretados y todos los músculos de su cuerpecillo en tensión por el esfuerzo mental. Revivía con una precisión que llegaba a hacerle daño, los últimos tiempos pasados en la quinta.

La madrecita, siempre enferma, siempre tosiendo, un día en pie, otro en cama; el padre preocupado; la abuela silenciosa y triste... A él, desde que la mamá se enfermara, sólo dos veces al día lo dejaban verla: una en la mañana, otra en la noche antes de acostarse. El paréntesis abierto entre esas dos visitas transcurría para él en la casa de los quinteros, en el fondo de de la arboleda. Después se le dejó verla una sola vez, luego día por medio y últimamente pasaba días y días sin lograr ver satisfecha su ansia de estar con ella. Abuelita, a sus tímidas preguntas, contestaba que la madrecita dormía o que la madrecita estaba muy cansada para recibir visitas. Él sentía una pena muy honda, los sollozos hurgaban en su garganta e inclinando la cabeza, iba silenciosamente a esconderse en algún rincón, dando allí libertad a su angustia.

Por fin una mañana se le dejó verla. La madrecita logró con grande esfuerzo levau-

tar una mano traslúcida y acariciar la frente del niño. Tomó éste la mano con dulzura e inclinando la cara emocionada, empezó a besarla.

—La vas a cansar — advirtió la abuela.—Vámonos.

—No, mamá no se cansa conmigo. ¿Verdad, mamá?

—No, mi hijito querido. Quédate...

Y como ella cerrara los grandes ojos claros, abuela insistió.

—Ya la has fatigado bastante. ¿Ves? Quiere dormir.

—Que duerma, pues, yo le haré tuto.

Entonces, muy bajito, empezó a canturrear la canción de cuna

con que ella misma lo durmiera de pequeño:

—Hace tuto guagua...

Un grito desgarrador cortó la frase. La madre se alzó sobre los almohadones extendiendo los brazos al niño y ambos, un largo rato, sollozaron besándose y murmurando palabras incoherentes.

—¡Mamá! ¡Mamacita querida! ¡Mi mamá!...

—¡Hijo mío! ¡Mi Juancho! ¡Al fin... como antes! Déjame besarte... ¡Mi hijo mío, mío!

Se interrumpió ahogada por la tos y algo rojo y tibio alcanzó a humedecer las manos de Juancho que trataba de sostenerla. La abuela se interpuso rudamente, entregando el niño medio loco a la vieja Tato.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasó?

—Nada—contestó la sirvienta al par que lavaba con alcohol las manecitas ensangrentadas.—Es que se cansa tosiendo. Tome, chupe esta pastilla, no la vaya a botar... A ver, déjeme cambiarle la ropa.

La tarde de ese día se llevaron a la casa del quintero sus muebles, sus juguetes y sus libros. Comía allí en una mesita puesta en el corredor. A sus preguntas, en sus cortas visitas, abuelita contestaba que la mamá seguía enferma, siempre con tos y deseos de dormir y que para no molestarla se le tenía allí, con la Rosalía y Pedro que tanto le querían.

—¿Y el papá?

—Está bien, hijito. No viene a verte porque tiene mucho que hacer.

—Abuelita: déjeme ver a la mamá ¿quiere? Le prometo que la miraré no más. ¡Pobre mamacita! ¿No pregunta por mí?

—Sí, hijito. Te encarga que seas muy obediente y muy bueno y te manda muchos besitos.

—¿Por qué no me los das, abuelita? Antes todos me besaban... Hace tanto tiempo que no me besa nadie...

—¡Mi pobre hijito!

—Abuelita ¿es que ya no me quieren?

—No, hijito, no es eso. No te atormentes así, no pienses más en eso. Todos te queremos mucho y porque es tan grande nuestro cariño te tenemos aquí.

—No entiendo.

(Pasa a la página 16)

Walter Rathenau y el reino del alma

Por

Francisco García Calderón

=De *La Nación*. Buenos Aires=

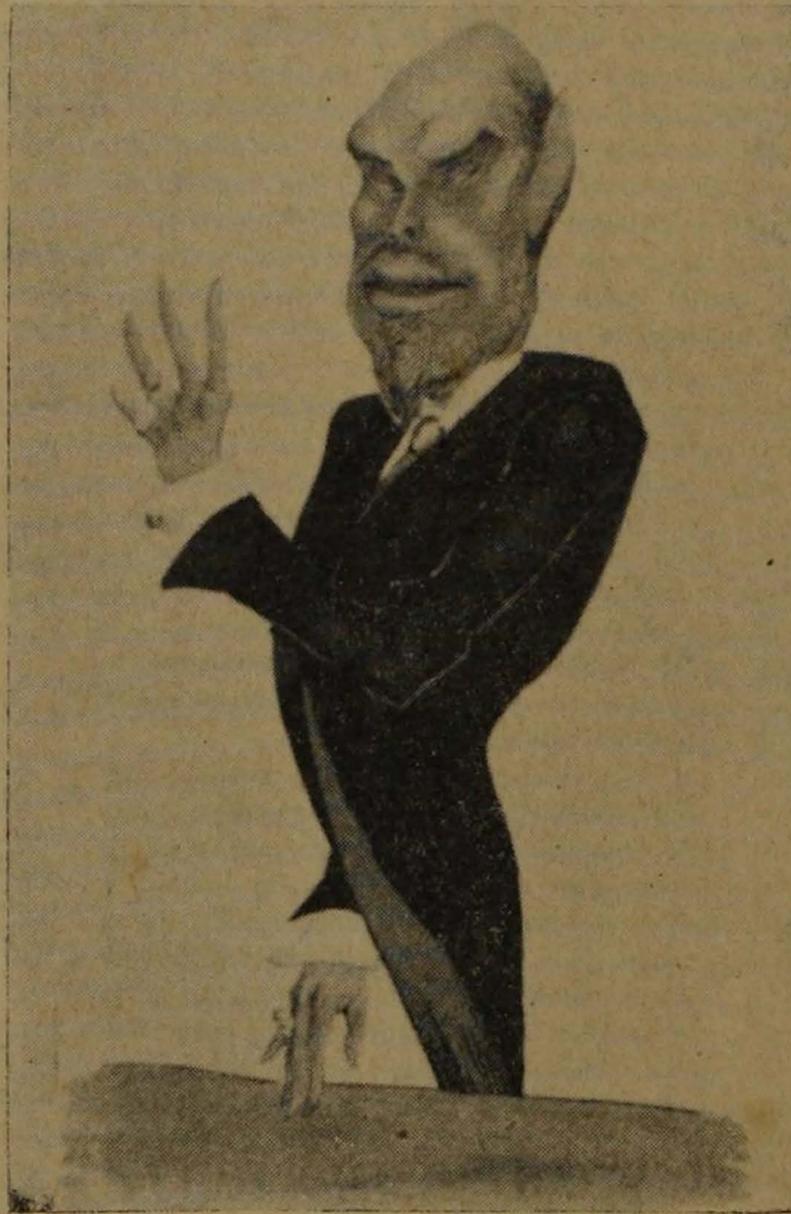
RATHENAU, plutócrata israelita, se preocupa de los intereses del alma. Escribe libros, traba ideas, se presenta con ínfulas de agorero. Deja, al caer asesinado, obras completas, autor que vivió peligrosamente hasta firmar con sangre declaraciones trascendentales. No le satisficieron los triunfos de hombres de acción sobre realidades positivas. Criticó severamente la propia obra al juzgarla en nombre de intereses espirituales.

Su padre, Emilio Rathenau, fundó en 1883 la célebre Sociedad de la Electricidad, la A. E. G., con capital de cinco millones de marcos que se elevó después a ciento ochenta y nueve millones, ingente progreso. La Sociedad empleaba a sesenta y seis mil obreros. El joven Walter ingresó, pues, desde la mocedad, en la estrecha familia de los *beati posidentes*. Pero, en vez de extraviarse en el diletantismo o de convertirse en orgulloso magnate, príncipe de una industria en crecimiento, visitó fábricas, vivió severos años de aprendizaje, obtuvo el título de doctor en ciencias naturales. Trabajó obscuramente, reveló talento de invención, estudió cómo vivía el obrero, cómo prosperaban los talleres. Después de acumular ricas experiencias, ingresó como jefe en el poderoso *trust* fundado por su padre.

En medio de arduas labores, medita y publica ensayos. Cuando analiza problemas que domina, al criticar el orden social, expresa un amargo desencanto. Un millonario que escribirá un nuevo *Eclesiastés*, un demagogo semita que amenaza en libros insistentes como los profetas, tal parece, en el seno de la Alemania industrial, este capitán de hombres singular. Llega «el torbellino del Señor», está próximo el fin, «un espíritu de vértigo» domina a los hombres, declara como Isaías o Ezequiel.

Los nacionalistas le perseguían porque nació de la raza proscripta. El creía, sin embargo, en la Alemania perdurable. Mi fe, decía, es la fe alemana superior a todas las religiones. Este hombre inquieto, artista y ensayista, que discute los fundamentos del orden social, que duda cuando otros afirman y progresan ¿no obedecerá al instinto de su pueblo que se instala en los estados modernos para turbarlos y dividirlos? Se diferencia de los que llama Keyserling Césares de la industria, de Stinnes, de Thyssen precisamente porque agrega a su acción clara ideas ilusivas. En vano se defiende Rathenau en brillantes folletos. ¿Cómo se concilian las críticas del orden presente y los provechos que deriva de la organización industrial?

Nadie niega que su operosa intervención durante la guerra armó al Imperio caedizo.



Rathenau

Visto por BEN MYLL

Como dictador, acumuló materias primas a pesar del bloqueo, organizó su distribución, juntó elementos de resistencia y de ataques para una larga campaña. Su prodigiosa actividad lo llevó a imponer una sola voluntad «al mundo gigantesco de la vida económica alemana», a asociar, para la defensa de la patria, inmensas «fuerzas tumultuosas». Después del vencimiento y de la paz, puso, en Génova, como canciller del Reich republicano las bases de la amistad germano-rusa contra Occidente, asociación de misticismo eslavo y de organización tudesca, concierto extraño entre los vaticinios de Dostoyeski y las rebeldías de Karl Marx, que podría hacer saltar en pedazos a la sólida fábrica social de la Europa democrática.

¿No traiciona así este jefe industrial los intereses que debía defender? Si es intensa su acción, si lo anima una oscura fe, el análisis en que se complace llega a disolver los fundamentos de toda segura actividad. Así, ha criticado, sin devoción de súbdito, la obra del Kaiser. Porque no comprendieron a este espíritu ondulante,

sus enemigos decidieron derribarlo. Como representante de la llamada «revolución judía» fué asesinado en Berlín por estudiantes fanáticos, el 24 de junio de 1922.

Un evidente malestar agitaba a los pueblos directores de la civilización occidental antes de que estallara la guerra de 1914. Progreso exterior y profundo descontento, en esta oposición se consumen las últimas décadas de un siglo extraordinariamente activo. Rathenau explica ese desconcierto por medio de lo que denomina la «mecanización», forma de la actividad general que llega a dominar en Europa. Se inicia la nueva era, según este crítico, en 1850. Otros le atribuyen más remoto principio: en 1750, dicen, cuando se descubren las máquinas, empieza el período fatal.

Los germanos, no hubieran impuesto seguramente al trabajo de los hombres esta forma estrecha. Habitados a la guerra y a la caza, no amaban el trabajo metódico. Constituyeron siempre la aristocracia de la humanidad en opinión de este escritor y de la escuela pangermanista. Pero, crece la población en Europa y la nobleza va siendo absorbida por la multitud. Democracia, densidad demográfica equivale a decadencia. El tercer estado predomina, primero, en Italia, en los siglos xv y xvi; en los Países Bajos y en Inglaterra más tarde, entre 1600 y 1800; por fin, en Francia, en el curso del siglo xix. Queda Alemania, baluarte del orden antiguo, refugio de

la civilización esencial. Allí se perpetúa el feudalismo y conserva sus fueros la aristocracia. Empero, todo lo invade la «mecanización» y también se transforma el Imperio de los *junkers* en el más industrialista de los pueblos. ¿Dónde hallar tierra firme en la universal confusión?

Se torna más intensa la producción en esta nueva era. Las fábricas disponen de un «material humano» aparejado a menudas tareas, obscuro, disciplinado, abundante. En el planeta sobre el cual pululan inmensas masas famélicas, la máquina organiza una sabia explotación, multiplica provisiones, provee a las necesidades de colectividades en crecimiento. La técnica se perfecciona y aumenta el consumo. Al mismo tiempo, el mundo se «desgermaniza» y pierde su aristocracia.

Rathenau estudia minuciosamente los vicios de la época en que vivimos, inquietos y desorbitados. Crítica semejante a la de escritores pesimistas que quisieran imponer a nuestras sociedades radical trasmutación. En vez de secundar el esfuerzo actual, ambicionan corregirlo, ennoblecerlo con la

visión del pasado. Si hemos de seguirles, ¿a qué se reduce el orden presente? Placeres mecánicos en serie, deseo exasperado de poseer y de gozar, trabajo en vastos talleres sin reposo, tendencia persistente a la nivelación. Las cosas se convierten en medios, el hombre se ciñe a ser instrumento, la cantidad se substituye a la calidad, la acción y el pensamiento se hallan dominados por la «noción de dimensión». Según la definición de este escritor que ha dirigido sociedades industriales, la mecanización es una organización material creada por una voluntad material con ayuda de medios materiales que impone a la actividad humana direcciones contrarias a la espiritualidad. Adam Smith antedijo los extremos a que llegaría la división del trabajo. La especialización desmenuza el esfuerzo de los hombres. Se reduce el horizonte de cada individuo y todos pierden la visión de la unidad. Labor, labor sin fatiga y sin término porque no se satisfacen con objetos producidos y riquezas creadas, las actividades en tensión. El trabajo ha llegado a ser fin en sí, como dicen los metafísicos, a exigir desmesurados sacrificios, a dominar la vida en vez de adecuarse a ella.

Imaginemos que surge, en el seno de estados uniformes, un aventurero o un profeta. La opinión le impondrá el destierro como excluyó Platón de su República a los poetas. Nadie puede aspirar ya a la independencia y a la originalidad. Falta el ocio que elogiaron los clásicos, necesario para la creación de obras durables. Frenesi de la concurrencia, regla exterior que aprieta a los hombres. Volvemos a los tiempos de la primitiva humanidad, al mundo cruel de Hobbes, en el cual imperan la lucha y la muerte. El productor ve en sus semejantes a rivales, es decir, enemigos que debe destruir o a clientes, es decir, medios que ha de explotar para fundar su riqueza o su grandeza.

Rathenau se levanta. El alma, dice, en esta existencia de intenso movimiento, no es instrumento de combate. Los pueblos sólo acucian la vida fácil, placeres secundarios. En la lucha constante por el bienestar material, se desnudan de preocupaciones de un orden superior. Pero ¿de qué nos sirve ganar la tierra si perdemos el alma? El reino frágil de la caridad y del amor se abisma en estos años tumultuosos. Parecen débiles de espíritu, están destinados a morir, pero sin gloriosa crucifixión, quienes renunciaran a la busca de la utilidad inmediata para meditar y dialogar en vida secreta, con poderes espirituales. Hay naciones, insiste el crítico de la inquietud presente, que han pasado por la tierra sin tener la revelación del alma.

Como los modernos filósofos, desconfía él de la inteligencia pura. El pensamiento crea «valores», se circunscribe al mundo exterior, por él prosperamos dominando la materia. La parte más noble de la vida, nuestra riqueza fundamental reside en la voluntad. Todo querer surge del alma, de un profundo instinto, de regiones a que no llega la con-

ciencia clara. Nos perdemos en «los laberintos del entendimiento dialéctico» sin comprender la existencia de realidades que no pueden ser demostradas pero que se imponen con misterioso poder: la grandeza del sacrificio y del heroísmo, la primacía del amor. El intelecto pesa y mide, es «el cajero en la entrada del teatro del mundo». Duda, crítica, separa, extraña al desinterés y a la bondad. Nos conduce hasta el trono frío del Absoluto y nos abruma con abstracciones. ¿Qué nos queda después de esta árida excursión? La resignación o el nihilismo. En tanto, la fe en un orden trascendental nos enfervoriza e incita a la acción. El alma «que no piensa, pero que ve» no puede errar.

Podemos altivarnos si escuchamos su lección. Ella enseña que no se encadena nuestro ser a la tierra. Renán escribía en el libro generoso de su juventud, en su *Purana*, que la humanidad va creando a Dios. Rathenau cree también que debemos contribuir a que «nazca el espíritu divino» en el mundo y que, sin ese sublime norte, sería infecunda nuestra existencia y podrían consumirse los seres en el nirvana. Surgen nuevas fuerzas, tal el amor de los hombres o la solidaridad entre los pueblos, que se oponen a la estrecha conservación de la vida. Guerrean contra el egoísmo instintos generosos y parecen vencidos la previsión y el cálculo. Empieza el «reino del alma», vuelve la creación a su divina excelencia.

El escritor alemán afirma con noble frenesi como los grandes místicos tudescos, como el Maestro Eckhart; sabe, por admirable intuición, que todas las cosas viven y se desarrollan en Dios.

El hombre actual se le antoja criatura de transición. ¿Acaso vendrá el superhombre con su dura definición de valores? Rathenau se separa de Nietzsche. Un estado superior alcanzaremos en que será redimida la humanidad por el amor. Los libros del industrial, del político terminan por actos de fe. Repite que fatigada del pensamiento mecanizado, del deseo mecanizado, insegura y triste, la especie «busca su alma» y acabará por encontrarla. No bastará para el contentamiento de las sociedades la preocupación de la utilidad aunque se descubran infinitas fuentes de riquezas, aunque de cada tierra incógnita surja un nuevo Dorado. Nuevas voces resonarán. Se agitarán los pueblos movidos por Platón hasta Francisco de Asís; los más nobles espíritus trajeron al mundo una divina verdad. Rathenau aspiraba a formar parte de esa admirable legión. Desencantado del oro y del poder, descontento en la plenitud de la victoria industrial, se proponía reformar a Alemania y a Europa; fundar un «nuevo Estado» una «nueva Economía». Pereció combatiendo en su patria a las fuerzas del pasado coaligadas y resistentes.

París, febrero de 1924.

Aristocracia del arte

EL señor don Carlos Mariátegui, del Perú, terció haciendo parte con Diego Rivera en asunto que reza con el arte y proletariado¹. Secunda el señor Mariátegui al pintor mexicano, según dice; pero no combate mis ideas. Ellas, ojalá aclaren las líneas siguientes, y de no acordar con el señor Mariátegui, grande será mi agradecimiento si su pensar mejora mi visión.

El arte no atiende a clases sociales, y quien esté dotado de alta sensibilidad por naturaleza, o haya traspasado los límites de lo vulgar, por su propio esfuerzo, será artista, y su personalidad marcará la existencia de un individuo, sírvase de cualesquier medios de expresión.

Toda clase social puede producir seres de privilegiados sentimientos, y así tenemos, que humildes pastores rusos nos presentan maravillosas esculturas con un exquisito sabor a ingenuidad. Por otro lado, Montaigne se duele, de que hidalgos—en su tiempo—abandonaran el arte a cambio de otras ocupaciones.

En manera alguna he tratado de defender o dar por valor constituido, las consagraciones de los demás. El arte es un espejo, dice Wild; y Anatole France: «en la tragedia de los otros uno ve la suya propia». La nota afín con nuestra sensibilidad, será la que haga vibrar nuestras cuerdas y cada uno de nosotros está formado de

distinto cordaje. Cada uno piensa y está en razón al creer que el mejor es el suyo propio. Sucede con el arte lo que con los rebaños; el grupo sigue a una oveja y los grupos son innumerables. Creo manifestar así la individualidad del arte en cuanto a sus principales productores.

La historia habrá también de pasar por el tamiz de nuestro sentir y con el sombrero en la mano, pagar culto a aquellos que se adelantaron a nuestro gusto, así poner un pie firme, para que el otro, al sentar su planta en el inmenso e incierto porvenir, manifieste la personalidad.

Creo que no debemos mezclar la evolución social con el arte. Las manifestaciones del arte están marcadas por individuos; quien pretendiere ser escultor de nota y no sepa de Phidias, Miguel Angel, Rodin, Archipenko, Sadkine, etc., etc., nunca será nada en dicho arte; Rafael por su pintura hace historia, no menos Da Vinci y el Greco. El arte ha de tener abanderados bien lejos, lo más posible, de las ambiciones políticas y monetarias de los hombres.

El artista puede vestir de oro o andrajos, el arte está en el poema, en el cuadro, en la sinfonía, en la estatua; son éstas manifestaciones que marcan, si el artista lo merece, el paso de un individuo por la tierra que amó y sufrió más que los otros. En sus producciones quedará siempre un tinte azul, que es memoria de la aureola que lleva por la vida todo apóstol del arte.

MAX JIMÉNEZ

1 Véanse, en el tomo anterior, los números 11 y 13.

Página lírica

de Enrique González Rojo

=Sacada del tomo *Espacio*. (Poemas). Editorial Mundo Latino, Madrid.=

POETA de mirada oblicua, diríase, en nuestros tiempos rectilíneos, de Enrique González Rojo. De miradas oblicuas, mejor; no de astuto ni de artificioso, sino de generalizador ingenuo, multiplicador sencillo, natural, sincero, desde luego poderoso y sugerente. Imagino sus pupilas, no ventanales abiertos al mundo, tan sólo, por donde los rayos luminosos entraran paralelos, a reflejar en el alma sus tesoros de poesía; imagino las pupilas del poeta como lentes, cambiantes lentes, que, ora convergentes, divergentes luego, son lentes y lentes y lentes de variadísimas formas; los rayos luminosos agrandan, agrandan, agrandan las miniaturas de belleza; o hacen resaltar, sobre los paisajes esfumados, los pequeños, predilectos motivos. ¿Cuántas combinaciones, de lentes, de rayos luminosos así singularizados, así estilizados, que así reflejan, sencillamente, naturalmente, sinceramente, poderosamente, y, en forma tan original, el mundo, me parece haber descubierto, en la lectura ininterrumpida de *ESPACIO*, el último libro del joven González Rojo?

Para los oyentes, *Canción bajo la lluvia*, o *Nieve*, o *Guijarros*, serán poemas, cuando más, de un plácido ensueño; así, también, *En la tierra por ti desconocida*, *Montaña rusa*, *Caída rápida de estrellas*, *De noche*, y, muchos otros; una crítica docta, con una razón muy relativa, señalaría en todos esos poemas una desproporción imperdonable (preponderancia de los pequeños sobre los grandes detalles) o una trivialidad desprovista de valor poético (¿es motivo serio de poesía lo que encierra la *Canción bajo la lluvia*?—¿acaso *Nieve* no peca de reflexiva?—¿acaso, como en el poema *Guijarros*, vale algo que el poeta nos diga que pasaría la eternidad tirando guijarros al agua del lago, y, hasta comete el absurdo de decirnos que se pondrán más hondas las aguas a fuerza de llenarlas de guijarros? ¿que podría con ellos contruir un palacio o tender un puente o derribar estrellas? y así con todos los poemas de *ESPACIO*).

Singular, en efecto, el mundo que nos ofrecen las pupilas, estilizadas, naturalmente originales, de González Rojo. He leído, varias veces, ese poema, *Guijarros*; y, he descubierto, paulatinamente, el paisaje, y, con él, el símbolo posible y claro de una concepción abstracta. ¿Cómo serán

las márgenes, cubiertas de tantos millones de guijarros, tantos, que, pasaría toda una vida y toda la eternidad, arrojando guijarros a las aguas del lago? ¿cómo será ese lago, abierto, de seguro, al cielo, sereno en sus aguas, con algunos árboles copudos en sus orillas distantes? ¿cómo serán los extensos playones de ese lago, cubiertos de tantos, de tantos millones de guijarros? Y no es preciso, en verdad, que el poeta, para sus lectores, se detenga, al levantar el vuelo desde las playas profusamente empedradas, y hablarnos, en un supremo giro de su imaginación, hasta de la eternidad fantástica, a describirnos el detalle, sobre entendido para quien le sigue, del paisaje material que le rodea, cuya poesía, así, se agranda, se agranda, se agranda, por la mágica virtud de los rayos oblicuos. ¿Y acaso, esa misma abstracción que describe, sin detallarlo, el paisaje, con la sola apología de los millones de guijarros, nos deja abierto, a la imaginación, el blanco marco en donde reconstruimos, orientados por las palabras representativas del poema, el símbolo vivido de los guijarros que caen, que caen, que caen, eternamente, sobre la tranquilidad azul de nuestro lago?

De noche, un poema vacío y sin sentido, al parecer; tiene sin embargo, con *Guijarros*, con todo *ESPACIO*, la virtud de poderosas, semejantes sugerencias. El poema del amor noctámbulo describe, la escena entera, con ojo de poeta y no de Kodak, en la zozobra álgida del momento culminante, lleno de sigilo, cegado por la pasión amordazada por el silencio, mediante la sugestión reveladora de esos versos certeros: «El diálogo se interrumpe—con el sonar de nuestros pasos—sobre las baldosas».

Esta parquedad, evocadora, eficiente, virtud de todos los poemas de *ESPACIO*, se nos ofrece más accesible, más comprensible, más fácil, en la *Tierra de México*, lo mejor, sin duda, del libro. González Rojo nada tiene que codiciar, nada tiene que desear, con ese gran poema, de Torres Bodet, el magistral miniaturista de la hora presente. ¿Faltan, acaso, en ese gran poema, en esa serie de grandes, pequeños poemas, versos que canten la sugerida decoración de los paisajes, pongan pinceladas alrededor de los símbolos iluminados, adornen el fondo, visible ya, así, de las cosas y de los tiempos, sobre los

cuales nuestros ojos, oblicuos también, colocan los emblemas patrióticos, que el poeta nos ofrece como el motivo esencial de sus explosiones líricas?

El dón de poesía, que González Rojo hereda de su padre, el maestro González Martínez, el sucesor de Neruo, cuya genuina personalidad, según yo la concibo, conocen los estudiantes universitarios, es, desde luego, en sus potencialidades creadoras, en la modalidad característica de cada una de sus manifestaciones, en la obra conjunta: independiente, original, auténtica. La visión de las cosas se ofrece a la literatura americana, con González Rojo, como una brillante posibilidad de exploraciones inesperadas.

RAFAEL ESTRADA

San José, Costa Rica. 1926.
Correos: Casilla 281

Canción bajo la lluvia

Como la lluvia caía
con la alegría del agua,
yo pensé que la tarde era propicia
para beberla tras de la ventana.

Como la lluvia recorría,
en la loca fuga de escalas,
ágiles teclas cristalinas
de la música del agua,
yo pensé que la tarde era propicia
para escucharla tras de la ventana.

Como la lluvia repetía
en cada gota la luz cándida,
y en mil espejos la infinita
claridad de los cielos en el agua,
yo pensé que la tarde era propicia
para mirarla tras de la ventana.

Como la lluvia se envolvía
en tenues hilos de gasa,
como una mujer vestida
con el milagro del agua,
yo pensé que la tarde era propicia
para tocarla tras de la ventana.

Y como la lluvia moría
sobre la tierra en fragancia,
como una nube presentida,
como otra lluvia adivinada,
yo pensé que la tarde era propicia
para aspirarla tras de la ventana.

Guijarros

A BERNARDO J. GASTÉLUM

¿Qué haré yo con tantos guijarros?
Son duros y lisos, redondos y claros.
¿Qué haré yo con tantos guijarros?

Con ellos podría construir un palacio
o tender un puente sobre el lago.

Con ellos podría —hondero fantástico—
derribar uno a uno los astros.
Contando el tesoro, pasara mil años.
¿Valdría la pena contarlos?
Y luego, ¿qué haría con tantos guijarros?

Las ondas transcurren con un solo cántico,
las hojas se caen del árbol,
los vientos murmuran de paso.
Y mientras ¿qué hago con estos guijarros?

Sentado a la orilla del lago,
pasaré mi vida lanzando a las ondas
[guijarros, guijarros...]
Miraré los círculos que se van formando,
creciendo primero y después borrando.
Oiré cómo se hunden cantando.

Y todo será tan limpio, tan claro:
las aguas profundas, los días de mayo,
la luz en los ojos, la fuerza en el brazo,
y siempre cayendo guijarros, guijarros...

Montaña rusa

Casas de treinta pisos,
avisperos de la arquitectura,
sobre un cielo de índigo
sus perfiles dibujan.

Pastor del alma, niño
vacilante en las sombras, se apresura.
En mitad del camino,
su rebaño de miedo y de preguntas.

Como cerré los ojos por instinto,
se hizo la noche y se apagó la luna;
pude lanzar un grito,
pero la boca quedó muda.

Empujado al abismo
como en un carro de montaña rusa,
todo lo fuí dejando en el camino,
hasta que el alma apareció desnuda.

Entre sombras y vientos enemigos,
soñaba recoger, una por una,
extraviadas ovejas del destino
en los campos sin brújula.

Pero cerré los ojos por instinto;
se hizo la noche y se apagó la luna...
¡Pastor del alma, niño
desorientado en la montaña rusa!

Tierra de México

A JOSÉ VASCONCELOS

I.—Mil novecientos once

Yo sentí la tragedia, y era un niño.
Un hombre me llevaba de la mano
y mostraba la senda con cariño.
Yo sentí la tragedia, y era un niño,
cuando partí para un lugar lejano.

—¿Por qué (se dijo el corazón inquieto),
por qué dejamos el tranquilo hogar?
El hombre conservaba su secreto.
El niño nunca supo preguntar.

Al Sur, un pueblo vió nacer la aurora;
al Norte, un niño comenzó a vivir;
y en su alma, sutil cuerda sonora,
pulsó su desventura el porvenir.

Un presagio no más, vago y discreto,
como la brisa que movió el palmar.

Un hombre que callaba su secreto,
y un niño que no supo preguntar...

II.—Tierra embriagada

Verde barranco la montaña cierra.
En esa hondonada,
un grupo de hombres se hace la guerra.

Sangre en el camino...

La tierra embriagada
bebe de ese vino.

III.—El jarro

El indio amasó su barro,
y el horno candente
le devuelve la arcilla hecha jarro.

El indio presiente
de una raza ancestral el influjo,
y en la línea de cada dibujo
la mano cólora,
cabe las grecas de lujo,
las rosas de luz de la aurora.

IV.—La maestra rural

Un campo de luz apacible
y serena.
Distantes, los hombres
que labran la tierra.
En estrecho círculo
se mira más cerca
el grupo que forman
los alumnos y la maestra.
Un soldado de lides heroicas
vigila la escena.

Y todo en un muro
de Diego Rivera.

V.—¡Tierra!

Notas diplomáticas,
rudas o enigmáticas,
mientras la inquieta muchedumbre espera
el advenimiento de una nueva era.

«Indio mexicano,
mano en la mano...»
dijo Valle Inclán.

Y después de la angustia y la guerra,
el indio ya labra su tierra
al pie del volcán.

VI.—Por mi raza hablará el espíritu

Un lema de esperanza se labra
en los minutos de la adversidad,
y se escribe la NUEVA PALABRA
en la VIEJA UNIVERSIDAD.

VII.—Orfeones

Para formar la más dura cadena
es preciso que se unan las manos;
para decir la canción más hermosa
hay que unir mi! voces en un solo canto.

Trasponen las cumbres,
saltan los barrancos,
y en la plaza mayor de este pueblo
ya se unieron niños, jóvenes y ancianos,
los que regresan de la fiesta,
los que terminan su trabajo.

Una misma canción ha salido
de miles y miles de labios,
y la plaza mayor de este pueblo
resuena en un solo rumor, como el campo.

Para formar la más dura cadena
se unieron las manos;
para decir la canción más hermosa
se juntan las voces en un solo canto.

VIII.—Canción en la noche serena

Eramos tantos, que se oía
como rumor en el colmenar.
(Amigo, acércate y escucha
la fuente que cercana está).
Eramos tantos los que oíamos
otra canción, por nuestro mal.

Después quedamos en silencio,
en una espera sin rumor,
y sentimos la angustia que caía
gota a gota en el corazón.
(Hoy, en la noche tibia y clara,
limpia y serena es nuestra voz).

La muerte pasó por nosotros
segando vidas como mies,
y un hombre posó sobre mi pecho
la roja herida de la sien.
(Hoy sentimos las frescas hojas
acariciantes del laurel).

Sólo un grito lanzó sobre el mundo
y se acostó para morir.
(Amigo, la noche es tan bella,
que ya se asoma en el confín
la luna; tendámonos juntos
a dormir, sólo a dormir).

Sobre el cadáver de mi hermano
lloré mis lágrimas sin luz;
un vago gemido nos basta
para llorar la juventud.
(Amigo, es de noche; mañana
verás el cielo pintado de azul...)

Caída rápida de estrellas

Cinco estrellas cayeron
detrás de la montaña.

En la verde laguna,
las cinco verdes ranas
enmudecieron de repente
y se quedaron extáticas.

El viejo sauce copudo
derramaba sus hojas como lágrimas.

Cinco líneas de asombro
rayaron veloces las aguas.

Cinco estrellas cayeron
detrás de la montaña.

De noche

Por esta callejuela silenciosa
nos hemos perdido juntos,
y nos buscamos entre las sombras.

Las manos inútiles agarran el viento,
desesperadas por la derrota;
gritamos al unisono,
y nuestra voz se impregna de olvido
y de zozobra...

Por fin, amiga mía,
siento tus labios sobre mi boca,
y con afán incontenible
sobre mi corazón te abrazo toda.
¿Encontraré tu alma,
perdida también en la sombra?

—Amigo—me dices,—
todavía no llega la hora.

El diálogo se interrumpe
con el sonar de nuestros pasos
sobre las baldosas.

Tu cuerpo en mi cuerpo,
tu boca en mi boca...

Lo demás...
¡No importa!

Habla un estadista previsor y preocupado

Palabras elocuentes y oportunas del actual
Secretario de Instrucción Pública de Panamá,
varón de larga vista:

Sin embargo, los grandes acaparadores de tierras representan un peligro para nuestra nacionalidad por las condiciones en que nos ha colocado nuestra misma posición y nuestra pequeñez. Un reparto equitativo de las tierras que aun nos quedan baldías se impone desde luego y las restricciones que sean legales para cortar los grandes acaparamientos por compañías extranjeras, en especial por las que no radiquen aquí sus intereses.

(Pág. 36 de la Memoria de Instrucción Pública correspondiente al año 1926. Panamá).

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez. Pasaje Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público
en general un surtido de casimires
en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales.
Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios
para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Informe

que presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País la Comisión encargada de estudiar los Contratos celebrados entre el Gobierno de Costa Rica y Mr. M. M. Marsh y la United Fruit Co., respectivamente.

Sociedad Económica de Amigos del País.

Pte.

LA Comisión Especial que esta Sociedad tuvo a bien nombrar para que estudiara las contrataciones llevadas a cabo entre el Gobierno de la República y Mr. M. M. Marsh, relativas a la construcción de un ferrocarril a Sarapiquí; y entre el Gobierno de la República y la United Fruit Company para la siembra de cinco mil hectáreas de bananales y para imponer \$ 0.02 de derechos por cada racimo de banano que se exporte, rinde su informe en los términos siguientes:

La Comisión toma por norma de este informe, la característica que distingue y moldea los actos de esta agrupación denominada Sociedad Económica de Amigos del País, o sea aquélla que se inspira en la acción vigilante de intereses comunes a la nación costarricense y que en el caso concreto que nos ocupa asume todos los atributos de una acción cívica enérgica, que está obligada a esparcir tanto como sea posible. Por otro lado, hemos tratado de hacer un examen, tan minucioso e importante de los problemas planteados hasta donde nos lo ha permitido el tiempo y la preparación, sin duda deficiente, que, para llenar nuestro cometido, poseemos.

Hay una gran cantidad de experiencia en la vida de estos negocios que no nos es familiar y de la cual es bastante difícil obtener documentación adecuada en el grado que es de urgencia tenerla a mano. Deben, pues, suplir, nuestros estimados compañeros, con sus luces y observaciones, todo el material y la discusión del mismo, que forzosamente debe haberse escapado en la ejecución de este trabajo.

Las reservas del porvenir

Consideramos que las tierras objeto de esta concesión ferrocarrilera y del contrato con la United Fruit Company para la siembra de cinco mil hectáreas de bananos constituyen un patrimonio de los costarricenses de hoy y, más imperiosamente, de la población futura, y que por consiguiente, no debe ser enajenado y mucho menos sometido a la explotación reconocidamente monopolizadora de compañías extranjeras, como la experiencia lo enseña. Contra el argumento que se hace de que esas tierras quedarán para siempre improductivas, puede presentarse el hecho de que en igualdad de circunstancias encontrábase hace medio siglo apenas, regiones como las que hoy dan asiento a los florecientes cantones del noroeste de la provincia de Alajuela, tales como Grecia, Palmares, San Ramón y San Carlos. Es una verdad que los pobladores de estas zonas no necesitaron del estímulo de concesiones a compañías extranjeras para fundar allí sus hogares y ser hoy dueños,

en su mayor parte, de grandes o pequeñas extensiones de terrenos que les aseguran una relativa independencia. Tal hecho se produjo obedeciendo a fuerzas de expansión biológica que obligaban a ocupar, naturalmente, mayores extensiones de territorios de los hasta entonces colonizados. Esta es una consecuencia lógica del aumento de población y de riqueza y el fenómeno se produce en cualquier país, ya sea por crecimiento vegetativo o por inmigración. Ejemplos de esta clase son comunes en nuestro país, a pesar de lo poco que lleva andado en su vida independiente.

No es aventurado pensar que tales inmigraciones hacia las zonas vírgenes de nuestro país tendrán que producirse en lo futuro y, con mayor razón, a medida que los capitales acumulados impulsen más toda clase de actividades productoras. Son estas las razones por las que estaríamos del lado de una política gubernativa que mirase como sagradas las pocas regiones que aún no han sido sometidas a la explotación intensa de su suelo. No es justo que las generaciones del porvenir tengan que levantarse en ánimo de reproche a contemplar el país erizado de contrataciones que limitarán no sólo su ideología sino la acción en el trabajo indispensable para llenar las necesidades de su vida. Nos confirma más en esta tesis el observar y sentir que las luchas por el sustento diario tienden a recrudecerse cada vez más.

Todo el poder que se dé a compañías por esta clase de contrataciones limita, indefectiblemente, desde el momento en que se otorguen, el poder económico político de la Nación y es, para las generaciones del futuro, un asedio contra el cual estarán ellas menos capacitadas para luchar que nosotros.

Tierras y pobladores

Se mantiene que en estas contrataciones no hay concesión legal de tierras; mas sí la habrá de hecho. El capital que se invierta será poderoso y es casi imposible que los terratenientes particulares (los que no son la Compañía) resistan al deseo de hacer un negocio de tierras rápido, seguro y sin mayores molestias, vendiéndolas, en vez del de la siembra y cuidado de banales hasta obtener producto de ellos. De este modo, pues, las tierras pasarán a manos de la Compañía tarde o temprano: las maderas y demás riquezas que las zonas que van a explotarse contengan, serán entonces patrimonio de los nuevos poseedores. Después vendrá su exhautez por la siembra del banano y se convertirán esas pujantes regiones en eriales. ¡He aquí el milagro que preparamos para los que nos sucedan!

¿Se fundarán poblaciones? ¿Cuál será su estabilidad? La que le señalen las posibilidades de vivir de ese suelo y las que el transporte brinde para el acarreo de sus productos. En cuanto a lo primero, lo exhausto de esas tierras no retendrá poblaciones; y la condición de estar convertidas en latifundios no asegura, para el poblador pobre, ninguna esperanza de subsistencia. En cuanto a las comunicaciones, serán igualmente pobres, porque ya no hay grandes negocios que las mantengan, una vez que el suelo se agote. Por otra parte, en el articulado del contrato para la siembra de cinco mil hectáreas, en su inciso c) se establece, en su parte final, que por razón del agota-

miento de la producción del banano, la United Fruit Company queda autorizada para levantar las líneas o ramales que hubiese construido. No importa qué otros intereses se hayan creado a la sombra de los bananeros; esos no merecen la comodidad ni el apoyo de una buena comunicación ni le importan a la voracidad de la Compañía; esos son los pequeños intereses de los costarricenses, si acaso los hubiere, y el contrato no está concebido para que éstos se beneficien y prosperen.

Valor de estas concesiones

Corresponde colocarse, por el carácter de los principios que sustentan esta discusión, en un terreno de idealismo; pero es lo cierto que estamos ante un hecho que nos obliga dolorosamente a bajar de grado en estas aspiraciones. Sin que desde esta altura se deje de contemplar, ni por un momento, los intereses totales de la Nación, debe lucharse por obtener la mejor solución en los problemas planteados que indudablemente sí tienen para el país vital importancia.

Los hechos a que antes nos referimos son dos fundamentales: primero, el dominio que la Compañía frutera tiene en gran parte de los terrenos de la zona atlántica; segundo, los contratos en debate que, aunque aparentemente hechos con dos entidades legales distintas, para los resultados finales que en estas contrataciones se persiguen, se confundirán necesariamente.

Los pueblos que saben aprovecharse de la dura experiencia de su pasado dan pruebas de su sensatez. La Nación costarricense se encuentra ante estos problemas en el caso de revisar, cuidadosamente, el pasado de relaciones contractuales con la United Fruit Company y extraer energías suficientes para cubrirse, primero que nada, con la toga de la dignidad y de la ley, rompiendo toda clase de nexos que le impidan de esta vez volver por los provechos reales que entrañan esta clase de contrataciones. Dicho esto último para cuando por fuerza de las circunstancias nos coloquemos en el terreno de lo que han dado en llamar *transacción comercial* y que para nosotros no es sino fatídico negocio, porque no alcanzamos a valorizar el estrago que padecerán nuestras férciles tierras, convertidas en latifundios de la Compañía frutera; ni podemos poner precio, porque no lo tiene, a la pérdida de la soberanía efectiva sobre las zonas objeto de tales concesiones.

Primer hecho: Dominio de la United Fruit Company en la Zona Atlántica

Alrededor del primer período de actividad no queda sino que hacer la afirmación, de

todos conocida, de que la Compañía conserva el monopolio de tierras, transporte ferrocarrilero y marítimo de nuestra zona atlántica y que hay en la actualidad problemas de situaciones ambiguas entre la Compañía y el Gobierno y entre éste y aquélla que no han sido abordados con la energía de un propósito decisivo para llegar a una solución, por un lado ventajosa en lo económico, y, por otro lado, decorosa para la soberanía nacional: por ejemplo: construcción de ferrocarriles como el del ramal de la Estrella y el de Talamanca en oposición clara a lo expresado en el artículo primero de la ley de ferrocarriles; la situación de los productores de banano particulares frente de las exigencias irracionales y esclavizantes a que los somete la Compañía; competencia desigual que sufre el comercio interior por la ventajosa condición en que la Compañía se encuentra para competir ya por concepto de compras en gran escala en los mercados extranjeros o por bajas tarifas de transporte marítimo y terrestre; ya por la singular condición en que la Compañía se halla de poder situar sus establecimientos comerciales, exentos de cualquier competencia, en los lugares más apropiados para el consumo de los efectos que importa.

Y pasando a otro orden de consideraciones igualmente importante por el valor humano que ellas poseen, cabe preguntarse: ¿en dónde están las medidas previsoras a que debería haberse sometido a esta poderosa empresa para que mirara—por el imperio de la ley, ya que no por el llamado de la conciencia de los que la dirigen—con más celo la salud y la vida de los braceros costarricenses y extranjeros que van a morir a su servicio? No desconocemos el servicio de hospitalización que mantiene la Compañía; nos referimos principalmente a las medidas preventivas que aún están en su infancia en la región palúdica de la costa atlántica. No dejamos de enumerar siquiera los asuntos relativos a la cuestión meramente racial de la inmigración que estimula esta empresa principalmente: la negra, que es sabido, tiene una mayor predisposición a enfermedades tales como la tuberculosis, la lepra, la sífilis y la locura, determinando un mayor cociente de mortalidad en los elementos de esa raza que en los de la blanca, por ejemplo. La provincia de Limón ofrece una alta mortalidad general y la más alta por tuberculosis en comparación con las otras provincias de la República. Véase sino por los guarismos siguientes: Provincia de Limón: Promedio en 16 años, 2.4 por mil; Cartago, 0.5 por mil; Guanacaste, 0.7 por mil; Alajuela, 0.4 por mil; Heredia, 0.9

por mil; Puntarenas, 1.5 por mil; San José 0.8 por mil. Pero hay más aún: durante el bienio de 1924-1925 ingresaron al Hospital de San Juan de Dios, para ser atendidos en medicina y cirugía indistintamente, 274 enfermos jamaicanos y al Asilo Chapuí, 22 de mentes de la misma nacionalidad.

Segundo hecho: Los Contratos

Los Contratos firmados que parecen iniciar la segunda e importante época de actividades de la United Fruit Company en tierras costarricenses, son: primero, para la construcción de un ferrocarril que partiendo de la estación de Guácimo llegue hasta el río Sarapiquí;—concesión a favor de Mr. M. M. Marsh, Administrador General de la División de Costa Rica de la United Fruit Company; segundo, contrato con la United Fruit Company para la siembra de 5000 hectáreas de bananos en la región que habilita el mencionado ferrocarril a Sarapiquí; y tercero, el convenio entre el Gobierno y la Compañía para elevar a dos centavos oro el impuesto sobre cada racimo de banano que se exporte a partir de la aprobación del respectivo convenio. Por este último queda la Compañía obligada a renunciar al privilegio de que goza de pagar solamente un centavo oro por cada racimo que exporte hasta mil novecientos treinta.

Ferrocarril a Sarapiquí

Cabe hacer algunos comentarios de carácter general antes de comenzar a analizar algunas de las cláusulas de este contrato. ¿Por qué la United Fruit Company supedita a la aprobación del Contrato con el señor M. M. Marsh la renuncia antes mencionada? ¿y la aceptación del nuevo impuesto de dos centavos oro por cada racimo exportado? Este hecho nos confirma en la idea de que los dos contratos son una sola negociación y que habrá que juzgar de la bondad de este ferrocarril con los mismos o parecidos criterios con que se pone a juicio la obra íntegra de la United Fruit Company.

En primer lugar se trata de un contrato hecho entre el Gobierno de la República y el actual Administrador de la Compañía Frutera en Costa Rica. ¿Qué razones impidieron a ésta presentarse a firmar tal contrato, sabiéndose que el tal ferrocarril, aunque de uso general, en la letra del contrato, va a ser principalísimo instrumento en la explotación de la industria bananera y que ésta, hoy por hoy, es monopolio exclusivo de la United Fruit Company? Para la explotación de las zonas de los valles de La Estrella y de Talamanca la Compañía construyó ferrocarriles de mayor extensión, si se quiere aún, que el proyectado a Sarapiquí, sin que ocurriera al Congreso para obtener concesiones. ¿Existen acaso fundamentales diferencias entre lo que la Compañía hizo en la explotación de las zonas antes dichas y lo que se propone hacer en las que motivan esta concesión?

Sobre la consideración anterior cabe lógicamente pensar en los siguientes problemas que surgen al continuar con tesón la defensa de nuestra tesis, cual es, de que a esta empresa explícitamente o tácitamente, no conviene extenderle, en una pulgada más, el área de sus dominios y que por las negociaciones pendientes de estudio del Congreso Constitucional, no son pulgadas sino una gran parte del territorio costarricense, tan valioso por su feracidad, por su posición geográfica y estratégica como por su importancia en la política internacional futura, lo que vamos a entregar a su soberanía de hecho. Los que se ciegan a contemplar tan sólo el lado del negocio, hacen poderíos por eliminar de sus discusiones este magno trascendental aspecto de esta negociación; porque es, indudablemente, este contrato

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

ferrocarrilero la espina dorsal del nuevo gigante del monopolio de tierras, producción, transporte y comercio que colocará uno de sus pies en la costa atlántica y en la del Pacífico, el otro; y, con sus brazos, abarcará todas las tierras que quedan al norte de la cordillera volcánica del centro de las provincias centrales del país y las del Guanacaste, también en su parte septentrional, volviendo sus espaldas a las tierras meridionales más extensamente pobladas del país.

El artículo segundo de este contrato de ferrocarril establece que el concesionario podrá prolongar la línea de ferrocarril en cualquier tiempo y en la dirección que estime conveniente, *si el Poder Ejecutivo lo consintiere y sin más requisito entonces que el presentar a la aprobación de éste, el estudio, perfiles y planos etc., de la prolongación que se acuerde.*

Tres conceptos de suma gravedad extraña este artículo: 1.º, que este ferrocarril puede ser prolongado, (no olvidemos que es la United Fruit Company). 2.º, que no se estipula tiempo ni dirección para el uso de la anterior prerrogativa y 3.º, que se necesitará simplemente la aprobación del Poder Ejecutivo para dar validez a estos derechos absorbentes y exclusivos de la Compañía. El Gobierno de la República levanta con la aprobación de este contrato, en la forma en que está concebido y redactado, una muralla que le impedirá para siempre, coronar las legítimas aspiraciones de valor nacional que lo han animado en horas menos congojosas y de absoluta videncia en el sentido de la colonización de las llanuras de Tortuguero y por ende de Santa Clara, vegas del Sarapiquí, San Carlos y Río Frío; de la habilitación de vías propias terrestres y fluviales y de la apertura de puertos modernos de exportación en la costa atlántica en su sección comprendida entre la Punta Blanca (Limón) y la desembocadura del río Colorado.

Todo, ¿por qué? Porque hay intereses distintos a los de la capacidad de acción de la Nación que están forzando, pero con altas presiones, la habilitación estemporánea de esas zonas en previsión de futuras competencias; y de ésta la que más se ha movido en los últimos tiempos es la del Estado, con sus estudios y proyectos referentes a la canalización de los caños de Tortuguero, Parismina, Palmas, etc.

No hay duda que ha sido el Gobierno, con la más perfecta visión del porvenir de este país, el que ha estimulado la presentación tan temprana de estas contrataciones. ¿Va entonces el Congreso de la República a consumir la aprobación de estos contratos sin tener en cuenta la cordura que el Poder Ejecutivo estaba desplegando, independientemente, en el desarrollo de planes que si son de valor fiscal y económico incalculables y trastocarlos por contrataciones negativas, casi en absoluto, en resultados fiscales y económicos, y a más de esto, por añadidura, la pérdida del dominio político del país en las regiones objeto de la codicia criolla y extranjera?

No. Estamos en lo cierto al asegurar que el Congreso no desoír la voz del país ni tampoco la de los hombres de conciencia del norte, que a menudo nos están dando la voz de alarma en contra de estos trusts de la reconquista de América.

Volviendo sobre el valor del artículo 2.º, se dice que el país perfectamente puede llevar a cabo sus proyectos de colonización de las tierras mencionadas, así como la construcción de puertos en la costa atlántica aún a despecho de la aprobación de estos contratos. Esta es una ilusión que se perdona por la buena fe que la engendra, pero la realidad es otra. ¿Cuál es el estímulo de ese desarrollo agrícola soñado? El capital, la tierra y el medio de trans-

porte. Siendo un capital extranjero, siendo una producción extranjera y un medio de transporte extranjero también los que se enseñorearán de esas zonas, si esos contratos se aprueban, ¿qué queda para el estímulo y sostenimiento efectivo de cualquier otra obra semejante que intentara el Gobierno u otra Compañía establecer en esas zonas? Pero se diría que un empréstito puede traer el capital,—muy bien agregamos nosotros. ¿Pero qué haría ese capital sin medios de transporte? Pero supongamos que estos puedan establecerse en la forma precaria en que la concesión que discutimos lo permitiera; ¿dónde estarían las tierras para dar empleo a ese capital y dónde los productos que transportar por esas vías propias, ya que la Compañía trataría de llevar el grueso de su producción por sus propias líneas, a sus propios muelles y a sus propios barcos? Por eso el grito de defensa formidable que sale de la garganta del país y que confiamos no será desoído por los Representantes Nacionales, es: *¡No enajenemos nuestras tierras!*

En cuanto al tercero de los conceptos claros de este artículo segundo, o sea el que deja a la voluntad del Poder Ejecutivo dar o no el consentimiento para la prolongación de las líneas en la dirección y en la fecha que estime convenientes el concesionario, hay realmente un gravísimo peligro. La Constitución Política que nos rige estableció los tres Poderes Públicos que ella llama independientes y que la Soberanía popular sueña que han de equilibrarse pres-tándose mutua ayuda en la solución de los problemas más difíciles de la Administración del Estado. La Representación Nacional pierde, por la sagaz inteligencia de quienes proponen estas contrataciones, uno de sus sagrados derechos: el de examinar a su debido tiempo las conveniencias o inconveniencias de esa cláusula. Es en realidad el país el que abdica de ese derecho porque su vocero genuino lo es el Congreso Constitucional, el cual, por la forma preestablecida de dar las leyes, está en la obligación de hacer públicas sus tendencias, de pensar en alta voz en el momento de sentar sus decisiones concretas y sus votos. ¿Va a permitir la Representación Nacional esta restricción inconstitucional de sus poderes?

Pero hay aún algo más: el Poder Ejecutivo, por la naturaleza de sus funciones vive más en contacto con toda clase de elementos sociales del país y extranjeros, y es el que recibe la influencia directa en muchos casos de los distintos negocios que el país realiza y que tienen atingencia, lejana o cercana, con los Poderes Públicos. Desde luego este hecho reata en muchos casos el libre albedrío. Además, representa generalmente la tendencia de un determinado partido político al cual está más inclinado a servir. El país no debe dejar a la suerte de esta clase de influencias la resolución final de asuntos de tanta gravedad como la que virtualmente entraña la delegación del consentimiento para la prolongación de la vía en el caso de este ferrocarril a Sarapiquí. El aprobar este concepto de la cláusula que analizamos sería poner la suerte de ingentes intereses a la voluntad exclusiva y absoluta del Presidente de la República, quien quiera que él sea.

Artículo 3.º—Este artículo deberá ser absolutamente eliminado porque él constituye la prerrogativa necesaria para que se aten en breve plazo, legalmente, la Compañía Frutera y la Sarapiquí Railway Company. Este es el puente de oro que tiende la United Fruit Company con taimería para pasar el torrente de obligaciones que la reatan al Estado, emanadas de la construcción de ferrocarriles en las zonas dichas.

¿Es posible que el Congreso Constitucional renuncie al derecho y a la obligación en que está de reivindicar valores que se han

dejado perecer por la indiferencia de los hombres de Estado que han tenido en sus manos las soluciones de tan importantes asuntos?

Artículo 7.º—Ofrece otro flanco de los muros que se levantan en contra de la posible colonización del Tortuguero por el Gobierno, pues establece que no será posible construir durante diez años otra línea paralela a la que autoriza el Contrato en todo o en parte, dentro de una zona de 20 kilómetros a ambos lados de la vía. Es decir, que la Compañía se cura en salud respecto a futuras competencias en esta forma también: el cálculo está hecho a conciencia para imposibilitar la construcción de ferrocarriles en gran parte de la que podría habilitarse al cultivo de bananos u otro cualquiera en Tortuguero y con ello establece el mismo impedimento en cuanto a las llanuras de Santa Clara. De este modo la Compañía deja en su dominio absoluto, 1600 km², o sean 160.000 hectáreas de la flor de los terrenos que ella conoce mejor que los que contratan de parte del Gobierno.

Además, la parte final de este artículo 7.º establece la más rotunda negativa a posible establecimiento de otras vías férreas dentro de la zona que abarca la presente, puesto que aún cuando esa nueva vía pudiera hacerse no paralelamente a las de la Sarapiquí Railway Co., la prohibición a conceder subvenciones o exención de impuestos diferentes a los cedidos a dicha empresa, significa que aún cuando se colocara a la nueva empresa en igualdad de derechos, no habría, sin embargo, posibilidad de extenderle el estímulo que forzosamente necesita para el arraigo de sus negocios.

JOSÉ GUERRERO

OCTAVIO JIMÉNEZ

EDUARDO CARRILLO

JULIO PADILLA

(Concluirá en la entrega próxima).

Corrección

En el número 20 del tomo anterior de nuestro semanario, en el artículo titulado: *El problema de la América Hispánica*, el párrafo que dice: «Al mulato, al mestizo, al zambo, los tres; siempre insatisfecho y prevenido», debe leerse así:

«Al mulato, al mestizo, al zambo, los tres; al híbrido que decimos, la democracia lo ha hecho altanero, ambicioso, siempre insatisfecho y prevenido.» Para él nunca hay gobierno bueno, etc.

Como se ve, se trata de una omisión de más de una línea en la copia de la traducción, que sin duda hace más completa la oración.

E. N. M.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dos cartas alusivas

México, 20 de Diciembre de 1926.

A. D. Rogelio Sotela

San José de Costa Rica

Mi querido y admirado amigo:

Precioso, como todo lo suyo, acaba de llegar a mis manos *El Libro de la Hermana*. Lo he leído con verdadero encanto, no sólo por la exquisitez de factura poética, sino por la dulzura del sentimiento que el fondo y la intención significan.

Con el objeto que en la carta adjunta se expresa, he escrito un artículo, que dirijo a cada república centro-americana, para mantener vivo el fuego de la conciencia despierta y la llama de la santa rebeldía. En Costa Rica, he elegido el periódico de García Monge, como que es un verdadero paladín del pensamiento y de la dignidad de nuestra raza. Agradeceré a usted muchísimo se sirva entregarle la carta y el artículo, y reiterarle en mi nombre mi más cariñoso saludo.

Con mis respetos para su digna compañera, y esperando nuevas tuyas, quedo como siempre a sus órdenes en esta capital. Su amigo que le quiere y admira.

SANTIAGO ARGÜELLO

México, 17 de Diciembre de 1926.

A Dn. J. García Monge

San José de Costa Rica

Mi muy querido amigo:

Le envío el primero de una serie de artículos que me propongo escribir acerca de la cuestión méjico-nicaraguense ante la intervención americana. El despertar de la conciencia hispano-americana se inicia. Ha empezado por Centro-América; y hay que ayudarla a salir de su entorpecimiento, con la vibración de la palabra. Además, la osadía interventora, el descaro plebeyo de los patrones yankees, se repliega, ante ese despertar y ante la gritería que lo está acompañando. Quiero decir las cosas claro, sin reticencias ni temores, alzando la venda para mostrar la llaga, en todo su pavor desnudo, quitándoles la careta, y señalando la verdad. Que no aparezca con antifaz de evangelismo, lo que no es sino rostro fenicio de explotadores.

Ahí le va el primero de esos artículos. Si usted me da acogida en su periódico, prestará ayuda eficaz a la causa y honrará a su afmo. amigo, que le estima y admira.

SANTIAGO ARGÜELLO

S/c: Calle del Pino, 230 A.
México, -D. F.

México ante los Estados Unidos, en la cuestión de Nicaragua

No nos engañemos. La actitud del Gobierno de los Estados Unidos, en relación con nuestros países de la América Española, es meramente estomacal. Eso no es política: eso es hambre. Hambre que, residiendo en el estómago bancario, manifiéstase en las garras convulsas de la marina cazadora del Gobierno de Washington. Cuando aun había en tal Gobierno algo de eso que los cándidos llamamos pudor, denominábala «Doctrina de Monroe». Más tarde, cuando sus capacidades digestivas crecieron, y la pseudo doctrina fué transformándose en derecho para ellos y en sacrificio para nosotros; cuando sus falacias fueron metiendo los dedos entre la urdimbre de nuestros destinos, localizáronla con el nombre de «esfera de influencia». Ahora, ya no la llaman de ninguna manera. Ya no necesitan ponerse careta. Ya juzgan que está reconocido por todos su derecho al destace.

Ya pueden, según ellos, deslomar la res y devorarla. Excusado explicar cual es la res. Es la pobre pequeña república sobre la cual caiga la voracidad de Wall Street y, por lo tanto, la garra de la Casa Blanca.

Ya es, pues, inoficioso discutir, como en el caso Nicaragua, acerca de la justicia o injusticia, de la legalidad o ilegalidad del acto en que el Gobierno cazador de naciones reconoce como presidente *legítimo* al hombre más aborrecido en Centro América por todos los ciudadanos y más rechazado con asco por todos los partidos, pero que ha sabido servir bien y desde hace mucho tiempo los intereses financieros de nuestros explotadores. Ellos saben que todo eso de la *legalización* es una farsa; que nadie puede ser electo presidente, estando vivo y sin renuncia el vice-presidente; que no es la elección presidencial de los resortes del Cuerpo Legislativo, aunque ese Cuerpo

no estuviera, como lo está actualmente, integrado por el grupo de los asaltadores; y que de acuerdo con la Suprema Ley Constitutiva, la única máquina electoral reside entre las manos del pueblo, y la única forma es la de los comicios. Ellos saben bien eso. Pero a ellos les importa un ardite la legalidad y la justicia. Lo único que toman en serio es la pitanza.

Dejemos, pues, de estar probándoles lo que ellos conocen también como nosotros. Es como probarle a quien nos asalta en el camino, que el dinero que llevamos en el bolsillo es nuestro. Hay que probarse, pero con la pistola: o matándolo, o muriendo como hombre.

La *política* de los gobiernos norte-americanos, en relación con nosotros los de habla española, no ha podido ni puede ser más torpe. Ha sido tan brutal, que se ha divorciado hasta de su propio pueblo, sobre quien han hecho reflejarse nuestra abominación. En vez de adormecerla, han despertado furiosa la conciencia hispano-americana, y han logrado que rechinen con ira los dientes de nuestra dignidad. Es la política del búfalo, que busca aplastar, no sabiendo convencer. Es una política de empujón y cornada, al servicio de una necesidad intestinal. Piensa con los jarretes. Por eso, sólo ha fiado en sus cifras. Han pensado que basta para dominarnos, con tener muchos buques y las cajas pléticas de billetes de banco. Han creído que basta la muñeca, y han olvidado que existe el corazón. Han pensado en el miedo, sin pensar nunca en el afecto. No saben que hasta para ser un malvado, es necesario saber serlo; y que es más eficaz la maña que la fuerza. Pero ellos que están en plena fuerza, no conocen ni de lejos la maña. Son enemigos personales de la sutileza; y no han aprendido más diplomacia que la del carretero con el buey. Y como no comprenden que quien siembra vientos recoge tempestades, y que hasta los continentes se cuartejan cuando dentro de su mecánica de rocas fluye el soplo dinámico de los terremotos, han sembrado atropellos y vejámenes, y están ya recogiendo resistencias: resistencias que hacen suponer que allí donde quieren dominar por la fuerza se está tendiendo para ellos el reguero de pólvora del odio. Sí, del odio, que ya se siente rezongar sordamente, desde el Río Grande del Norte hasta los extremos confines patagones. Del odio que, rebozando de nuestro continente, desbórdase sobre el corazón de Europa, y aun sigue más allá, sobre los rumbos del Extremo Oriente. Sólo ellos no parecen comprenderlo.

Leí en uno de los diarios de esta capital unos párrafos del *Journal of Commerce* de Nueva York, relacionados con la actual situación de Nicaragua. Según ellos, no cree el articulista yankee en la eficaz ayuda de México, porque «no existe suficiente fuerza financiera, industrial o militar en México, para tales fines; y además, MEXICO LLEGÓ TARDE, pues los Estados Unidos ESTÁN YA BIEN ATRINCHERADOS HACE MUCHO TIEMPO, Y

CON MARINOS Y BUQUES DE GUERRA en aguas nicaragüenses».

Así se habla. Sin careta, sin puritanismo hipócrita, sin simlores de evangelismo Pan-Americano. Así, con el santo descaro del estómago sobre la presa. No es cuestión de derechos: el asunto es tener buques de guerra, y ser fuertes. Por más que México obre de acuerdo con la justicia, reconociendo al presidente legítimo (no al *legitimado*), al presidente electo por el pueblo y reconocido antes hasta por los propios Estados Unidos, de nada le sirve eso, porque *ellos llegaron primero*, y, sobre todo, porque poseen muchos buques y mucho metálico en sus arcas. No hablaría de otro modo el zopilote grande que *llegó primero* a la carroña putrefacta, y que siente en su pico dominantes pujanzas de pájaro de presa. Ya veis que no se trata de justicias: de lo que se trata es de piltrafas.

En lo que sí está equivocado el publicista de los ojos azules es en lo de ver en México un rival en el reparto de nuestros intestinos. México no rivaliza en eso: ni exige humillaciones, ni tiene en mira concesiones. México no toma asiento en festines de carnicería: México no nos lleva marinos para asesinarlos: lo que nos lleva son instalaciones radiotelegráficas, bibliotecas para educación y cultura, ofertas de becas para la juventud. México no va a quitarnos los ferro-carriles, no desbalija nuestras rentas, ni acapara el producto de nuestra agricultura. México no nos mata de hambre, ni nos sonroja de vergüenza. México sólo va con la alta justicia internacional como guía, haciendo únicamente lo que hará todo país que lleve en sus entrañas un átomo siquiera de honradez e hidalgüa.

Y aquí viene al caso declarar muy en alto: que México no es para nosotros (como lo ha estado afirmando la tartamudez repetidora de los gestores políticos de Washington), una *intervención extraña*: porque no es intervención, ni es extraña. No es intervención, porque sólo se limita a prestar auxilio moral a la justicia; y no es extraña, porque no lo es el pueblo hermano que, aunque separado de nosotros por divisiones geográficas y administrativas, está unido a nosotros por la sangre, por las tradiciones, por la lengua, por la identidad de sus peligros, y, sobre todo, por el amor. Todo nicaragüense se siente mexicano en México, como todo mexicano es, de hecho y de derecho, nicaragüense en Nicaragua. México no es un intruso que, abusando de sus fuerzas, va a imponernos gobiernos vendidos a mercaderes extranjeros. México es nuestro por el corazón. ¡México es Nicaragua!

SANTIAGO ARGÜELLO

México, 17 de Diciembre de 1926.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Juancho

(Viene de la página 7)

—Ya comprenderás algún día, mi pobrecito. Hasta luego. Pórtate bien.

Y la abuelita se iba—menuda y diligente—dejándole más triste y preocupado.

Esa mañana, al vestirlo de negro, la Rosalía tuvo para él una ternura envolvente que lo hizo salir de su reserva de niño tímido y pensador.

—¿Cómo estará la mamacita?

—Durmiendo, m'hijito querío. Al fin la Mamaita Virgen le dió descanso a la pobrecita.

Viendo a los quinteros ocupados en recolectar flores se arriesgó por las avenidas, hasta enfrentar la ventana abierta del salón que iluminaba sus ojos. Y entonces vió el horror: su madre dormida en la caja; los hombres que la encerraban; su padre protestando enloquecido; la abuela dominándolo todo con su hablar reposado y su gesto de paz.

Cerrada la caja, partieron los hombres. El padre parecía idiotizado por el dolor. La abuela rezaba. Entonces él, pasito a pasito, entró a la casa, llegando al salón, donde se acurrucó tras un cortinaje, sin que nadie reparara en su presencia.

Sola, dejaban sola a la pobre madrecita encerrada en la estrechísima caja negra. De pronto lo cogió el recuerdo de su encierro en el arcón y volvió a sentir nuevamente todo el proceso de esa agonía: la angustia del ahogo le apretó la garganta, desorbitándole los ojos.

Crujió un mueble y el niño salió tembloroso de su escondite. Otro crujido... y otro que parecieron recorrerle los nervios del tálón a la nuca. Toda la sangre, en una caliente oleada, le subió al cerebro.

—Ya voy, mamacita—murmuró extasiado.

Tomó el martillo dejado sobre una mesa de arrimo por los obreros de la funeraria y en la quietud de la casa resonó un golpe, otro, otro.

Acudió, despavorida, la abuela.

—Niño. ¡Juancho!

Lucharon. Ella tratando de quitarle el martillo, él exasperado, delirante.

—Si ella despertó... Déjeme... Déjeme, por Diosito se lo pido... ¿No oye como está llamando? Oiga... Oiga... Se va a ahogar... Déjeme, abuelita, por favor, déjeme...

—¡Socorro! ¡Juan, ven! ¡Socorro!

Pudo el hombre dominar la furia del niño que súbitamente se aplacó en laxitud de desmayo.

Tras muchos días de ansiedad para el padre y la abuela, pudieron ver que si volvía a la vida el niño, era dejando toda la lucidez de su espíritu entre las garras pavorosas de la fiebre.

MARTA BRUNET

El fomento de la cultura

Los Estados, por ricos que sean, no pueden subvenir todas las necesidades sociales; pero en los pueblos ricos, los hombres ricos son también hombres que sienten el fomento de la cultura como un deber patriótico, y en vez de malgastar su fortuna en publicaciones anodinas, la dan como mecenado de las ciencias, de las artes y de la educación y salud públicas. Ese insigne ejemplo de fecunda filantropía es el que quieren seguir los españoles de Puerto Rico, y pretender ridiculizarlos y desalentarlos no se si es un acto de inconsciencia o de ruindad. Acaso ambas cosas.

LUIS ARAQUISTAIN

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 8 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

En San Pedro Sula (Honduras): Don Salomón Ibarra.

En Sta. Tecla (El Salvador): Ma-Don-nuel Barba.

En San Salvador (El Salvador): Don Salvador Cañas. Colegio «García Flamenco».

En Guatemala (R. de G.): Don Manuel Soto M. 4.^a Calle Oriente 27.

En Valparaiso (Chile): Don Macario Ortes Ruiz. Casilla 4239.

En México, D. F.: Don J. López Méndez Apartado 1912.

En Lima (Perú): Librería «Minerva». Sagástegui 889.

La suscripción anual, aislada y directa:

\$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.